

050  
CUR

# CURSOS

# Y CONFERENCIAS



DESPLEGADO

## SUMARIO

LUIS REISSIG	El ciclo agropecuario y el ciclo industrial en la educación argentina
GUILLERMO ARA	Leopoldo Lugones, hombre de ideas
DELFIN LEOCADIO GARASA	El pensamiento político de Gracián y su tiempo
ENRIQUE PEZZONI	La idea de la palabra en el "Cancionero" de Unamuno - II
GUNTHER BALLIN	La novela en la literatura alemana moderna

### NOTAS

Concurso Losada Internacional de Novelas — Detenciones en Barcelona

### VIDA DEL COLEGIO

Filial de Rosario — Filial de Bahía Blanca

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

VOLUMEN LIII

NUMERO 283

AÑO XXVII

DESPLEGADO

DICIEMBRE

DE

1958

# CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Se publican cuatro números anuales

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 168796

En la revista aparecen conferencias y resúmenes de clases pronunciadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores, cuyo texto ha sido autorizado por los autores; también se publican ensayos de interés científico y literario, y sobre la educación y sus problemas.

En cada entrega hay una reseña de las actividades desarrolladas por el Colegio y un panorama de la actividad cultural argentina.

ARGENTINA y AMERICA LATINA: Suscripción anual \$ 60 m/n. argentina.

OTROS PAISES: suscripción anual, cinco dólares.

CURSOS Y CONFERENCIAS no está a la venta en librerías. Sólo circula entre sus socios y amigos, como órgano de la institución.

Dirección y Administración:

CALLAO 468, 1er. piso, Oficina 7 A - T. E. 45-7436

BUENOS AIRES — ARGENTINA

## SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

ROBERTO F. GIUSTI: Presencia de Aníbal Ponce — PABLO LEJARRAGA: Aníbal Ponce y los deberes de la inteligencia — MARTHA SAMATAN: Aníbal Ponce y la educación argentina — ENRIQUE PEZZONI: La idea de la palabra en el Cancionero de Unamuno I — ERNESTO EPSTEIN: El problema de la educación musical en la Argentina II — ALFONSO CORRADINI: Enrique Ferri y la escuela positiva — LIBROS: Tulio Halperín Donghi: Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia (Nilda Guglielmi) — Enrique Anderson Imbert: Qué es la prosa (Isaías Lerner)

Esta entrega N° 283 de CURSOS Y CONFERENCIAS se terminó de imprimir el 30 de diciembre de 1958 en los Talleres Gráficos "Continental" de Gurfinkel Hijos S.R.L., Lavalle 1671, Buenos Aires (Argentina)

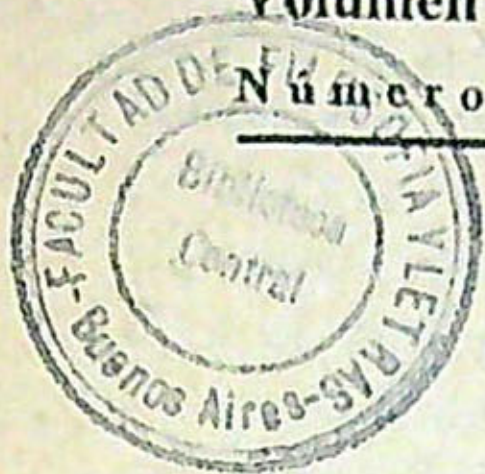
Correó Argentino Cor. Central B	FRANQUEO PAGADO Concesión N° 1849
	TARIFA REDUCIDA Concesión N° 259

16-4-8  
DESPLEGADO

AÑO XXVII

Volumen LIII

Número 283



C U R S O S  
Y  
C O N F E R E N C I A S

DICIEMBRE

DE 1958

Buenos Aires

El ciclo agropecuario y el ciclo industrial  
en la educación argentina

por LUIS REISSIG

La enseñanza y la educación prosperarán en la medida en que contribuyan a desarrollar el ciclo económico-técnico-social caracterizado por la evolución de la industria y de la urbe. Este ciclo necesita que el hombre mejore y aumente en el menor tiempo posible el rendimiento de su poder creador, es decir, el poder combinado de su técnica y de su inteligencia, atraído hoy en particular por dos asuntos capitales: el planeamiento, montaje y funcionamiento del universo técnico, y el análisis y síntesis de nuevos conocimientos, cuyo número y variedad aumentan vertiginosamente.

El hombre no está todavía suficientemente preparado para actuar en el mundo moderno, y menos bajo el creciente apremio de cambio de condiciones que lo caracteriza.

Es notable el atraso de la enseñanza y de la educación en casi todas partes, en particular en los países donde predominan la economía y la vida rurales. Mientras en algunos lugares se puede lanzar un satélite y fijarlo en una órbita alrededor de la tierra, en otros no se ha llegado todavía a usar la herradura de caballo; mientras en algunos lugares se ensayan máquinas para traducir de una lengua a otra, en otros, millones de hombres y mujeres son analfabetos; mientras en algunos lugares los "cerebros electrónicos" resuelven en segundos, complicadísimas y numerosas operaciones matemáticas, en otros no se conoce la aritmética elemental.

La supervivencia de la economía agropecuaria y de la vida rural como fuente única o principal de un país o comunidad, es uno de los factores determinantes de este atraso.

La economía agropecuaria es menos variable, rica y compleja que la economía industrial. Requiere del hombre menor número de actos inteligentes que esta última. Hay, ciertamente, una estrecha relación entre el tipo de economía de una sociedad o país y el número y nivel de actos inteligentes que se requieren para desarrollarla. Un país que pasara de un estado económico básicamente agropecuario a uno básicamente industrial, vería aumentar en número, calidad y nivel, los conocimientos, destrezas e inteligencia del conjunto de sus habitantes; y a la inversa.

Se nace con mayor o menor capacidad para desarrollar inteligencia; esta es una condición genética, es decir, de constitución del individuo; pero cualquiera que sea esta condición, el contenido de inteligencia de cada individuo dependerá del ambiente en que viva, es decir, de la frecuencia y nivel de interacción entre el individuo y su ambiente. Un individuo puede tener más capacidad para desarrollar inteligencia que otro, pero manifestarla y desarrollarla menos debido a peores condiciones de ambiente y a menor cantidad y variedad de oportunidades. Por lo tanto, la industria y la urbe, al proporcionar más oportunidades y mejores condiciones de ambiente para el uso y desarrollo de la inteligencia, favorecen más a ésta —y en consecuencia a la evolución del hombre— que la economía agropecuaria y la vida rural. La evolución del hombre y de su inteligencia son simultáneas y paralelas. El hombre del mundo industrial, de la era tecnológica y de la urbe, evoluciona mucho más rápidamente y a más alto nivel que el hombre de las praderas, de la artesanía y de la vida rural.

La economía industrial no fabrica hombres inteligentes, pero da a todos más oportunidades y mejores condiciones de ambiente que la economía agropecuaria para que aumente el nivel y contenido de su inteligencia. Compárese un número igual de individuos, tomados al azar, de un país con gran desarrollo industrial, y de otro donde este desarrollo no exista, y se verá patente la diferencia de nivel de inteligencia entre un grupo y otro. Esta diferencia se debe al mayor uso de los conocimientos y de la técnica, y a la mayor acumulación en el país industrial de los más aptos, por un proceso de selección.

En países con economía netamente agropecuaria ha habido y puede haber no solamente hombres inteligentes, sino también sabios y genios, pues son los genes y no la economía los que proporcionan la base para el desarrollo de la inteligencia y de la genialidad; pero son los

países y ciudades adelantados y no los países y aldeas atrasados los que pueden favorecer el desarrollo de esa base.

Cada vez es proporcionalmente más abundante el número de personas inteligentes en la ciudad que en el campo; esto se debe en buena parte a que la mayor acumulación de gente inteligente en la ciudad enriquece el ambiente de ésta, lo que a su vez favorece el desarrollo de más gente inteligente.

Un gran hombre puede nacer y desarrollarse en un pueblo insignificante; son seres de excepción que saben utilizar al máximo las condiciones del medio en que tienen que vivir; pero, ¡cuánto más grandes serían en condiciones superiores de ambiente! De muchas personas inteligentes se ha podido decir, con razón, cuánto más hubieran dado de sí en un ambiente adecuado para el desarrollo amplio de su inteligencia. Un genio, rodeado de genios o de talentos, o simplemente de personas bien inteligentes —todo lo cual constituye parte de su ambiente—, puede producir más grandes cosas que si estuviera rodeado de incapaces o de imbéciles.

No obstante que la economía industrial ejerce sobre la inteligencia mayor influencia benéfica que la economía agropecuaria, hay quien prefiera ésta; la encuentra más propicia para una vida sosegada, de goce, de paz. Esto es del fuero de cada uno, o de la especie a que pertenece.

Hace poco tiempo, durante la celebración en Londres del Congreso Internacional de Zoología, se exhibió, por primera vez, un ejemplar vivo de una especie de caracoles que se suponía extinguida desde hace 500 millones de años, o sea 500 veces más tiempo del que se presume respecto de la antigüedad del hombre. El caracol exhibido, al cual se ha dado el nombre de *Neopilina*, pertenece a una especie que “cansada de tragar agua” —según conjetura el profesor Hernnig Lemche, de la Universidad de Copenhagen—, comenzó a deslizarse y hundirse por los flancos submarinos continentales, hasta que gradualmente se aclimató a la vida de los abismos, manteniéndose en ese inmodificable mundo de frío y oscuridad, de una fina lluvia de alimento flotante. Así ha vivido la especie durante centenares de millones de años, sin necesidad de tener que competir con otros animales para mantener su lugar y su comida; y aparentemente, sin hallar motivos en su larguísima vida para cambiar de hábitos; mientras sus ambiciosos parientes, como los calamares y los pulpos, surgían a la vida de la

superficie ayudados por su fuerza de propulsión y compitiendo para poder vivir. Pero el hombre difiere bastante de la Neopilina, y su "fuerza de propulsión" para competir en la vida supera con creces la de los calamares y el pulpo, y la de todos los demás seres vivientes, lo que hace de la especie humana la especie competidora por excelencia.

Estoy pensando objetivamente, y más en la especie, que es lo principal, que en el individuo, que es lo accidental. Se puede ser más feliz arreando mulas que manejando un microscopio electrónico. Pero la felicidad no es una condición de existencia del hombre, o de la sociedad, sino un justo anhelo, expresado en un juicio de valoración, eminentemente subjetivo. Por esto deben considerarse como simples juicios de valoración las actitudes, muy difundidas, de recelo a todo lo que tenga una estrecha relación con la técnica, y desde luego con la mecánica y la industria. Objetivamente considerado, tal recelo carece de fundamento, pues la técnica, la mecánica y la industria no han hecho más que contribuir al bienestar del hombre. No constituyen una hipertrofia o aberración de sus formas de vida, sino una defensa del hombre, expuesto constantemente a perecer, dada su delicada y complejísima constitución biológica y genética, y el número y nivel de riesgos que tiene que afrontar.

La influencia favorable de la economía industrial sobre el desarrollo de la inteligencia de una población, en relación con la economía agropecuaria, se hace sentir también en la escuela. La economía agropecuaria puede funcionar con analfabetos; no así la economía industrial, que exige mucho más que saber leer y escribir y conocer las cuatro operaciones aritméticas fundamentales.

Si un país no tiene industrias, o las que tiene no puede hacerlas progresar, la escuela sufrirá el impacto de esa situación.

Por mucho tiempo y dinero que se invierta en enseñanza rural, ésta no podrá superar el ciclo de la economía agropecuaria a que pertenece, el cual, aunque no ha dado de sí todo lo que puede dar, está en evidente declinación, y por lo tanto no puede sino proporcionar una enseñanza en declinación.

Una economía agropecuaria que no se integre en una economía industrial y que no siga el plan de ésta, verá cerrados sus caminos, y comparativamente irá quedando cada vez más en retraso respecto del ambiente industrial mundial predominante.

Si permaneciéramos sujetos al ciclo latifundista y ganadero, o de las minorías ilustradas, no habría por qué preocuparse de que todo el pueblo estudiara. Dentro de ese ciclo, cuando se ha necesitado expertos técnicos, se los ha importado. Enseñar a todo el pueblo, se consideró innecesario. La vida urbana e industrial, en cambio, que recoge a la gente dispersa y le da oportunidad de mejorar su vida, impone como necesaria la enseñanza para todos, y la hace posible. El ciclo ganadero y latifundista aceptó la escuela primaria, pero no se esforzó, y menos se sacrificó, para consolidarla y expandirla; no sintió esa necesidad. Sólo cuando apunta el ciclo de la agricultura, la banca y el comercio, la escuela primaria se convierte en bandera de la civilización, a fin de atender las necesidades básicas de este último ciclo.

La evolución de la vida rural hacia formas urbanas, y de la economía agropecuaria a la industrial, constituyen la primera y principal condición para que la vida, la escuela y la enseñanza rurales progresen y se transformen.

En la Argentina se acepta sin vacilar, como una gran cosa, que tengamos una de las más hermosas praderas del mundo. Sin duda que eso permite tener comida en abundancia. En la era preindustrial equivalía al paraíso; pero no es lo mismo en la era tecnológica en que nos encontramos.

No se puede ni se debe rechazar que tengamos buenas praderas naturales; pero desde el punto de vista de la evolución nacional, vendría más que fueran artificiales, es decir fruto del trabajo y el esfuerzo del hombre. Un pueblo capaz de desarrollar suficientes praderas artificiales es mucho más rico que otro pueblo que dispone del mismo número y calidad de praderas naturales; por lo siguiente: la pradera natural necesita poco o nada del hombre; a veces es mejor que el hombre trabaje en ella lo menos posible, para no maltratarla, pues el campesino de los países con praderas exuberantes, usa técnicas rudimentarias, y es normalmente ignorante, o poco menos; por lo tanto, la pradera natural influye poco en el progreso económico, social e intelectual de la población que se sirve de ella. En cambio, el trabajador o técnico de la pradera artificial influye más en ese progreso. La pradera artificial es la suma del hombre más la pradera; la pradera natural es la resta de la pradera menos el hombre.

El hombre de las praderas artificiales es sobre todo un creador; el de las praderas naturales es un trabajador rutinario. Los países y

pueblos capaces de crear praderas artificiales se cuentan entre los países y pueblos del porvenir. La explotación de nuestro campo es de tipo primitivo, de mero aprovechamiento; no exige en forma perentoria conocimientos especiales, ni nuevos. Esto se refleja en nuestra enseñanza, que no ha prestado atención a la formación de técnicos. Nuestro campo, con sus grandes praderas naturales no estimuló la formación de técnicos y configuró buena parte de nuestro carácter nacional, que se ha inclinado a esperar, siempre, que las cosas se arreglen por sí solas.

Esta dañosa filosofía de la vida nacional debe ser sustituida por otra positiva, fruto del esfuerzo, de la previsión, del aumento de conocimientos, de la preparación técnica, del deseo de mejorar las condiciones de vida y elevar los niveles de civilización y de cultura. La creación de nuestras grandes ciudades ha sido fruto de ese deseo. Pero, para que tengamos en todo el país centros de civilización importantes, no podemos ya confiar en la economía del agro —que ha dado de sí en este sentido, casi todo lo que tenía que dar—, sino en la economía industrial. Si queremos hoy esos centros de civilización, tenemos que pensar en fundarlos sobre sólidas bases industriales, que por su volumen y nivel aseguren a sus pobladores todas las formas superiores de vida que ofrecen las ciudades modernas. Ya no se puede comenzar por un fortín, o por una oficina pública; ni siquiera por máquinas agrícolas o animales de consumo, sino por una auténtica actividad industrial. La industria y la urbe integran hoy el ciclo económico de civilización indispensable como ambiente de vida del hombre. Si ese ciclo se detuviera en su crecimiento y evolución, el hombre correría el riesgo de perecer.

La civilización y la cultura hubieran sido imposibles sin la concentración de poblaciones en ciudades y sin la evolución de lo rural a lo industrial.

Llegará el momento en que todos los hombres vivan en ciudades, aunque atiendan diariamente los trabajos que el campo exija; de modo semejante a como se trasladan hoy diariamente de su casa a la oficina, o a la fábrica, se trasladarán al campo. Para el mundo de la era tecnológica no habrá distancias. La división que aún existe entre vida rural y urbana desaparecerá en beneficio de esta última en todos los países capaces de progresar. La urbe, como creación técnica y cultural superior, sobrevivirá más vigorosa y mejor adaptada



que la aldea a las nuevas condiciones que están creándose en el mundo. Las formas rurales y urbanas que hoy conocemos estarán sujetas a un proceso de selección por adaptación, sobreviviendo solamente las que sean capaces de adaptarse y evolucionar. La evolución ha sido, y será siempre, de lo rural a lo urbano; no en sentido inverso. Los países que no puedan por la inferioridad o inadaptabilidad de sus zonas rurales, ajustarse a las condiciones que le impone la era tecnológica, desaparecerán como países, convirtiéndose en mero apéndice de otros con gran adelanto tecnológico, o viviendo dispersos o arrumbados, como viven hoy las tribus o las comunidades aldeanas.

Una vez comenzada la formación de la urbe, el medio técnico en que la misma se desenvuelve contribuye a mejorar su nivel. La interacción entre la vida social y el medio técnico constituye, pues, una fuente de progreso. A medida que pasan los años, las ciudades se hacen más potentes, más ricas, más confortables, más atractivas. Con el campo ocurre lo contrario, salvo cuando está bajo la influencia indirecta y constante de un medio técnico, proveniente de la ciudad. El campo necesita del cuidado y asistencia permanente de la industria y la urbe, mediante la ciencia, la técnica y la administración, para atender y resolver sus problemas, tales como la erosión del suelo; la falta o el exceso de agua; las enfermedades de las plantas y los animales; la necesidad de nuevos cultivos, de maquinaria, de conservación, negociación y transporte de la cosecha, etc. La ciudad, injustamente acusada de parásita, da al campo más de lo que éste le da a ella, y le irá dando cada vez más. La urbe y la industria absorberán un día lo esencial del campo y de la vida rural. El campo del futuro será, en gran parte, una sucesión de ciudades y de lugares de cultivos, que la técnica y la industria realizarán y dirigirán sin emplear el tipo de trabajo semi-bárbaro que todavía se emplea para su explotación. Si no fuera por la organización de la urbe, que ha permitido, con la técnica y la industria, la formación de grupos de estudio y de trabajo y de vida a un alto nivel, el campo se habría debilitado, y en parte extinguido en su faz productiva, por falta de orientación y de ayuda. Los abonos, el tratamiento inteligente de la tierra en los cultivos, la cría de animales, las represas, los canales de riego, las plantaciones de protección, son una mención mínima de lo que la ciencia y la técnica han hecho para salvar de su ruina al campo. La civilización industrial y urbana no vuelve la espalda a la naturaleza, sino que la impulsa para

que se cumpla eficazmente el ciclo biológico, del cual el hombre forma parte. Un día, la mayor parte de la población del mundo, si es que lo prefiere o necesita, vivirá entre jardines, gracias a la ciencia, la técnica y la urbe. Se verá patente, entonces, que el hombre de ciudad es el recreador de la naturaleza, no su dilapidador.

La formación de grandes ciudades absorbentes ha sido —y es todavía— una etapa incorrecta; pero muy difícil de evitar. Había que concentrar a la gente para que se fueran formando, por selección, los primeros grupos de dirigentes y promotores del progreso; del mismo modo que en la evolución de la técnica no se pudo evitar el paso transitorio de la subordinación de la actividad del hombre a la actividad de la máquina; hasta que la técnica electrónica —hace de esto muy pocos años— presentó la solución, brindando al hombre independencia, libertad, seguridad, y hasta placer en su trabajo.

La ciudad irá corrigiendo poco a poco esta fase de encerramiento en viviendas amontonadas, que es sólo circunstancial y que no afecta para nada la idea de que la urbe es una forma superior de lugar de vida.

Cuando la existencia y funcionamiento de las ciudades se hace sentir en el campo y en todas las zonas rurales, es porque el país progresa. Cuando en forma constante y periódica se ve a los campesinos llegar a la ciudad trayendo sus mercancías y regresar a sus poblados, es porque el país está en atraso. Si en la manifestación o puja de los dos ambientes —el rural y el urbano— triunfa el rural, el empobrecimiento del ambiente es cosa segura. Si en cada provincia de nuestro país hubiera una ciudad como Buenos Aires, querría decir que habríamos llegado a ser una de las más poderosas naciones del mundo; porque sólo un país con un extraordinario desarrollo industrial y de civilización podría producir esa extraordinaria urbanización.

La producción agropecuaria y la vida rural o mero campo, no tienen por qué continuar siendo sinónimos. Llegará el día en que se podrán cultivar en cualquier parte las plantas que el hombre necesita, con el auxilio de la técnica, la bioquímica y la genética. La necesidad de tener animales y plantas y servirse de ellos no es tampoco sinónimo de contornos de vida obligatorios, de modos de vivir y de pensar rurales. El campo tal cual lo conocemos, se ha de necesitar por un tiempo todavía, aunque cada vez menos. La ciencia, la técnica y la industria lo irán trasformando y, en cierto sentido, suplantando.

Hasta el advenimiento de la civilización industrial, la vida urbana recibía el influjo constante de la vida rural; en el campo estaban las fuentes de riqueza estables. La ciudad consumía más que elaboraba. El artesano producía lentamente y en pequeña cantidad. La vida rústica se filtraba a través del débil cinturón de la ciudad y llegaba fácilmente al corazón de la misma.

La industria moderna cambia radicalmente esa relación: la ciudad crece e influye sobre el campo. La vida urbana actúa sobre la vida rural como factor dominante. La vida urbana surge como la especie de vida social más apropiada para las nuevas condiciones del mundo tecnológico.

Nuestra enseñanza no está preparada todavía para afrontar esas nuevas condiciones. El ritmo y nivel de crecimiento económico, social y técnico del país están por encima del ritmo y nivel de crecimiento de la escuela. Necesitamos, como pueblo y como nación, la preparación científicotécnica de la población adulta, comenzando por la comprendida entre los 6 y los 22 años de edad.

Nuestras fuentes de riquezas agropecuarias son insuficientes para mantener satisfactorios niveles de vida; necesitamos con urgencia un buen desarrollo industrial que compense el constante déficit de nuestro crecimiento, basado todavía en la economía agropecuaria. Nos estamos atrasando. Nuestra enseñanza superior se basa, en buena parte, en la formación de élites como para una sociedad rural y agropecuaria, de funcionarios, profesores y doctores. Nuestra enseñanza, en general, guarda relación con el tipo social y económico que predominaba hace medio siglo: el estanciero, el terrateniente, el comerciante, el chacarero, el empleado, el obrero y el peón; pero hoy, el estanciero y el terrateniente no pueden ser modelos de punto cumbre económico-social; el chacarero se ha debilitado; el peón tiende a desaparecer, requerido por otro tipo de economía que la agropecuaria; y el empleado y el obrero pueden llegar a constituir, con el ex peón, un nuevo agrupamiento social, que por el número de sus componentes y su mejor nivel modificará bastante la actual estructura social; me refiero al grupo técnico, que será mayoría en el país, si es que progresamos. Por el momento, casi toda esta latente clase técnica está mal aprovechada, haciendo trabajos rutinarios, de oficio, que requieren muy poco uso de la inteligencia.

Necesitamos una población con espíritu de empresa, que corres-

ponda a una economía de igual tipo. Si seguimos con el campo tal como está, seguirá volcándose en las ciudades una población con bajo nivel de preparación y de apetencias.

Hay, también, un aspecto social muy importante en cuanto a la necesidad de orientar a nuestra juventud hacia las carreras científicas y técnicas, y es que la acumulación constante en las ciudades de gente joven, sin horizontes sociales y económicos interesantes de vida, la predispone a la trasgresión de sanas normas de conducta. Si la industria no da ocupación digna a la mayoría de la población activa del país, los problemas sociales aumentarán en su nivel, su peligrosidad y su volumen. Ir a trabajar al campo —que a muchos pareció teóricamente un ideal— no es la solución, pues el porvenir no está en las formas atrasadas de economía. Se puede, y conviene, ir hacia el interior del país, pero no necesariamente con el fin primordial de cultivar o de criar animales —aunque haya que atender también esto—, sino para instalar o atender industrias —que pueden basarse, si es necesario, en la agricultura y la cría de animales—. Nuestro país necesita un planeamiento a la vez industrial y de creación de centros civilizados de población, que sin alterar el rendimiento agropecuario —antes al contrario— creen nuevas fuentes de producción y de progreso. Llevar, en definitiva, la civilización urbana a la vida rural. Nuestro país es prácticamente todavía un desierto; y seguirá siéndolo en tanto nuestra base económica sea esencialmente agropecuaria.

El principal papel de la enseñanza en la era tecnológica —en cuyo comienzo nos encontramos— es el de preparar al hombre para que pueda elegir cada vez mejor las condiciones con las cuales pueda construir el ambiente de su preferencia, el mundo que ambiciona.

Hasta hace veinte años, cuando todavía el hombre no había logrado la fisión del átomo, o puesto en su órbita el primer satélite, el principal papel de la enseñanza consistía en dotar al hombre de conocimientos y de instrumentos para la apropiación y uso de su contorno; y desde luego, la transformación y evolución de éste; pero cuando las condiciones de su contorno parecían tener un recalcitrante estado fijo —como en el caso de la economía agropecuaria—, la tendencia de la escuela era procurar que el individuo se adaptara lo mejor posible a su ambiente, como por ejemplo, la adaptación a la vida rural cuando este tipo de vida aparecía en forma predominante, renunciando, así, a fomentar una característica singular y valiosa del

hombre: la iniciativa para los cambios. Para el hombre de la era tecnológica —que es hasta ahora el tipo de hombre que se presenta como el más acabado— esta enseñanza adaptativa llega a ser perniciosa. Para él, el mundo y el universo son, cada vez más, un campo de experiencia y de renovación. Una situación semejante debió ocurrir cuando los primeros hombres se lanzaron a la gran aventura de la exploración de su contorno y fabricaron su primer utensilio. Con el utensilio iniciaron la transformación de su contorno, hasta llegar a controlarlo; y es así como realmente advino el hombre. Pero, ahora va a intentar algo más; va a crear condiciones para su nuevo ambiente de vida, de origen diametralmente distinto del ambiente que hasta ahora se ha venido tratando; este ambiente es el universo técnico, cuya órbita se ajustará a la del Universo cósmico que le ha dado nacimiento.

La era tecnológica marca el fin del proceso de enseñanza de adaptación, y el comienzo del proceso de enseñanza de capacitación para la evolución del hombre y su universo, partiendo de condiciones técnicas creadas exclusivamente por él.

La preparación técnica y la iniciación científica como base de la enseñanza, constituyen el hecho revolucionario en la educación de nuestra época.

El hombre está en camino de modificar, mediante la ciencia y la técnica, cada uno de los elementos de su ambiente; de manera tal que el ambiente se convierta en instrumento de la evolución del hombre y no en la mera atadura de éste a sus condiciones. Por consiguiente, la enseñanza debe orientarse fundamentalmente en el sentido de preparar tanto al niño como al adolescente y al adulto para este proceso evolutivo.

Los pueblos y los individuos van demostrando que su poder y su riqueza dependen del nivel de su preparación para lograrlos. Si antes bastaba dejar a los hijos, para defenderse y vivir, una buena renta, o una buena casa, o un buen empleo, o una buena cuña, hoy se prefiere, sin excepción, una buena preparación; sobre todo, científica y técnica.

Este tipo de preparación, extendida a la mayoría de la población, acarreará cambios notables en la composición y participación cultural, social y política de los países que la logren. Baste pensar que no menos del 90 por ciento —término medio— de la población del mundo carece de asistencia educativa efectiva; pues si en algunos paí-

ses de notorio desarrollo como los Estados Unidos y la Unión Soviética, este porcentaje es muchísimo menor, en el resto de los países, incluida la Argentina, la gente medianamente preparada no llega al 20 por ciento; y en algunos países, ni al uno por ciento. Es decir, que la mayor parte de la humanidad estudia muy poco, por poco tiempo y con poco rendimiento.

La enseñanza científica y técnica, unida al desarrollo industrial y a la organización de comunidades urbanas, constituyen el ciclo de interacción apropiado para salir de este atraso, que estremece por su magnitud y persistencia. Una delgadísima capa de gente de un cierto saber —recolectada en la mayor parte del mundo entre los miembros de la clase media superior hacia arriba— da la falsa impresión de que el hombre aprende y la educación marcha; por debajo de esa delgadísima capa está ese 90 por ciento a que me he referido, constituido por la clase media inferior hacia abajo. Esta gruesa capa del 90 por ciento ha comenzado a despertarse, acuciada por las exigencias del mundo tecnológico, y no tardará mucho tiempo en que irrumpirá, aquí y allí, en forma incontenible, en la vida educativa de nuestro tiempo. Surgirá, entonces, una nueva promoción y una nueva estructura humana universal, en la que los intelectuales no serán ya los minúsculos grupos privilegiados de hasta ahora. En el caso de la Argentina surgirá una nueva promoción que hará equilibrio con la promoción que surgió con la reorganización nacional, cuyos epígonos rigen hoy todavía muchos de los modos de pensar y de enseñar de mayor predicamento nacional: la nueva juventud nacida en la nueva época caracterizada por la fisión del átomo, la exploración sin límites del universo, la mutación social, económica y política. Esta nueva promoción que verá los progresos estelares de la física, la química, la matemática, la biología y la genética, necesita y demanda otros ideales y puntos de mira educativos, que hace apenas un cuarto de siglo hubieran parecido utópicos, y hasta como capítulo de una novela de Julio Verne. Es evidente que ya no pueden seguirse los carriles ideológicos y pedagógicos que hasta ahora se han seguido en educación. Desde la fisión del núcleo del átomo estamos en un mundo nuevo. Y esto ha sido ayer. Se necesitan, por lo tanto, hombres capaces de evolucionar y de crear bajo tales nuevas condiciones. Deben facilitarse caminos para una nueva promoción social, económica y política. Esta nueva promoción deberá venir —y vendrá— en su mayor parte

de las clases populares, y en particular de lo que es hoy todavía la clase obrera, por ser la que está más cerca en sus intereses económicos, sociales, políticos e intelectuales, de la nueva situación, que es vehículo de progreso y de evolución: el desarrollo de la industria. La clase obrera se convertirá en clase técnica y será, con la clase media que también se oriente hacia la técnica, un grupo de gravitación y equilibrio en la vida social, económica, cultural y política de la Argentina. Para esta gravitación no se necesitará recurrir a revoluciones políticas, sino a revoluciones técnicas. La Argentina debe concentrar los mejores esfuerzos de su enseñanza y su educación para que esa revolución técnica se produzca, pues de ella depende su futuro como pueblo y como nación.

Como resumen, diríamos:

Que estamos en una nueva etapa de la vida del mundo y, en consecuencia, ante la posibilidad de una nueva etapa de nuestra vida nacional;

Que esa nueva etapa del mundo se caracteriza por los adelantos técnicos y científicos y por la absoluta primacía de la economía industrial sobre las formas económicas que le han precedido;

Que esta primacía está planteando y determinando grandes cambios en los sistemas de enseñanza;

Que tales cambios requerirán una amplia participación de los obreros y de buena parte de los empleados, en estudios y prácticas de las que hasta hoy han estado alejados, y que abarcarán desde la escuela primaria completa hasta los más altos niveles de estudios superiores;

Que esta participación significará la más grande revolución educativa de todos los tiempos, porque será la primera expresión popular de la capacidad de la mayoría para administrar, organizar y gobernar, como hasta ahora sólo han podido hacerlo las élites;

Que el mundo —y por supuesto nuestro país— necesita que sus clases populares alcancen el más alto nivel de preparación, para que sea posible el progreso en todos los órdenes de la vida, y para que nunca más la ignorancia, la miseria, la servidumbre y el temor, gobiernen el modo de ser, de pensar y de vivir de los hombres.

LUIS REISSIG

## Leopoldo Lugones, hombre de ideas

por GUILLERMO ARA

Es ya casi un lugar común el de la fluctuación de ideas en el pensamiento doctrinario de Lugones. Y también el de que esos cambios se producen como por capricho, de golpe. Más adelante trataré de establecer dentro de ciertos límites, las etapas que sus ideas políticas cumplieron. Mientras tanto vamos a transitar desde el comienzo el camino que él recorrió impetuoso y joven hasta su muerte. Quizás surja una estimación menos convencional y en todo caso más adecuada a la naturaleza moral desde cuyo centro fueron elaborándose esas ideas, hasta adquirir la apariencia desconcertante con que autorizó el escándalo en sus días.

Los primeros libros de Lugones poeta pueden ubicarse sin mayor esfuerzo dentro de la corriente modernista y se producen por así decir en presencia del jefe fundador. Como se sabe, el modernismo fue un movimiento específicamente literario, estético. Los pasos iniciales de Lugones, hombre de ideas políticas, se imprimen fuertemente en el hierro candente de la agitación anárquica. No es necesario señalar lo característico de esa ambivalencia: regusto aristocrático de las formas y aniquiladora fiebre de jerarquías sociales. Rubén Darío, al margen de los gestos antiburgueses, nos dice risueñamente a propósito de Lugones: "Yo soy su amigo y cuando llega a mi casa, tengo buen cuidado de guardar bajo tres llaves mis princesas y mis príncipes, mis duques y mis duquesas, mis caballeros y pajes: pongo mis lises en lo más oculto de mi cofre y me encasqueto lo mejor que puedo, una caperuza encarnada..." Era una manera de pintar al hombre Lugones, entonces, confundido o identificado con el poeta. Dardo Cúneo al hacer historia de aquella hora dibujará el perfil ardiente de esos poetas-hom-



bres bajo el título significativo de "El romanticismo político", lo cual no es en modo alguno caprichoso: más de una vez esta generación de fin de siglo tomará contacto con la primera que alcanzó, en la literatura y en el pensamiento, unidad y coherencia combativa; la que acaudilló Echeverría y contó, entre muchos notables, a Sarmiento y a Alberdi, después enemigos irreconciliables, cerebros poderosos con los cuales gustaba codearse Leopoldo Lugones en sus vigiliás. Otro testimonio de esa fraternidad a la distancia, la hallamos en el reflejo que el *Dogma socialista* encuentra en Alberto Ghirardo, cuando nos dice que no quiere hablar a su pueblo "en nombre de una idea extraña, que no puedo concebir ni entender". "Porque creo con Echeverría —hace decir a su protagonista de *Humano ardor*— que los principios son estériles si no se plantan en el terreno de la realidad, si no arraigan en ella, si no se infunden, por decirlo así, en las venas del cuerpo social". Ingenieros y Lugones adoptan hacia 1896 el calendario de la revolución francesa y fechan en el mes de "nevosó" los números de enero de *La Montaña*. Y esto es destacado por Juan B. Justo como una nota fuera de lugar y de tiempo; y por Roberto Payró: "Se era en el fondo romántico a veces bajo un barniz naturalista... se amaban todas las libertades, se maldecía de todos los moldes y se aspiraba a todas las conquistas".

Pero también es cierto que más de una vez se defendieron contra la imputación de románticos, porque naturalmente eso significaba en el lenguaje de los detractores, vivir en las nubes. "Los socialistas de hoy no son enfermos de sensibilidad", protestaba Manuel Ugarte. "No son dementes generosos, no son iluminados y profetas que predicán un sueño que está en contradicción con la vida, sino hombres sanos, vigorosos y normales". Payró rechazaba entonces la identificación del socialismo contemporáneo con el de Fourier y Saint Simon. Era de rigor en el día, como en tiempos de los echeverrianos, negar la parte de ensueño utópico entretejida con la prédica revolucionaria, como era de rigor negar que tuvieran que ver con el comunismo ruso. Para ellos se trataba de una "amalgama informe de individualismo, socialismo y anarquía" a partir de las ideas sostenidas por Carlos Marx.

Esa actitud de beligerancia antiburguesa crea desde 1896 sus núcleos de acción. Desde el 1º de mayo de ese año Payró es secretario del Centro Socialista de Estudios y Lugones su bibliotecario. Ya Ernesto de la Cárcova ha hecho en la pintura su profesión de fe. Ha

exhibido ese descarnado cuadro de una familia desposeída que se llama *Sin pan y sin trabajo*.

La exposición teórica se formula en arrebatos flameantes, pero también en serenas reflexiones críticas. Ugarte se cuenta entre los propagandistas más prudentes: "El socialismo no es una doctrina de odio y de represalia; no es la insurrección vengativa y sangrienta; no es el incendio y la matanza... no es el despojo... es un cambio que puede operarse quizá sin violencia, gradualmente, por las etapas casi insensibles de la evolución... es —por fin— "la legalidad establecida". Y —cosa con la que no comulgaba entonces la furia demolidora de Lugones o de Ingenieros— termina aconsejando la práctica de la *justicia* y la *mansedumbre*, "dos alas que nos permiten salvar los límites de la vida y entrar en la eternidad". ¿Tendría que ver su tranquila palabra con la cómoda situación económica de que gozaba? Lo cierto es que Ugarte es de los pocos que no se separó, con el tiempo, del movimiento.

En los otros el escalpelo crítico saja sin piedad. Gerchunoff —y ya veremos cómo lo tratará *La Vanguardia*, veinte años después— golpea duro contra lo que llama "la oligarquía fraudulenta de nuestro sistema gubernativo", palabras que hallarán en Lugones variaciones al infinito porque en esto, justo es reconocerlo, no habría de cambiar. Más tranquilo, con la madurez que le dio el tiempo, Gerchunoff hace hablar años adelante en *La asamblea de la bohardilla*, a Carlos Marx, con palabras moderadas: "Las cosas —escribe— se equilibran sobre el eje de una ley económica, pero tienen también su aspecto moral..." Mientras tanto su ironía se afila diestramente y juzga que eso de los terroristas es un "buen invento del gobierno" y hay que felicitarlo". Los que él conoce en pocilgas inmundas son "obreros inteligentes, lectores de Zola, de Hugo, de Tolstoi, que aspiran a una sociedad distinta. Son buenos y exaltados". Pero están todavía los otros; los que no hallan palabra mansa, sino voces como piedras, porque quieren encender y hacer estallar al mundo burgués. Ingenieros y Lugones arden en ira santa desde el primer vagido socialista. Son los incendios que iluminan más y que, naturalmente, se apagarán primero. Ingenieros, funambulesco, irónico, contradictorio, registra anécdotas curiosas, burlas crueles, bromas de ingenio demoníaco. "¿Para qué nos sirve hablar del peso si no tenemos ese peso?", le responde una tarde a Juan B. Justo que quiere arrojar a latigazos los mercaderes del tem-

plo. Su carrera de anarquista es, sin embargo, fugaz, como la de Lugones. Y tan ardiente como la de él. Ambos arrojaron de una sola bocanada la bomba incendiaria que los hizo fundar el movimiento. En 1894 se ha creado el Centro Socialista Universitario. Son unos pocos muchachos. Dos años después Ingenieros los representa en la asamblea fundadora del Partido Obrero. Y en 1897 será de los iniciadores de *La Montaña*, hoja incendiaria, como ninguna. Después, poco después, su fe muestra señales de quiebra y en un homenaje a José León Pagano, confesará su decepción de la multitud: "Siglos de ignorancia y de esclavitud —dirá aquel día— inhiben su enaltecimiento, que es perezoso". Por su parte, Lugones sablea a ojos cerrados. Habla desde *La Montaña* y denuncia las lacras del estado. He aquí un congreso "que nunca supo disfrazar su bribonería... un congreso por cuyas bancas han pasado todas las insignificancias elegidas entre cónclaves de estúpidos, por los gobernadores de provincia; todos los analfabetos que vienen traspirando aún a través de sus casimires, el olor del chivo rural...". Y el pueblo, declara "es lo suficientemente imbécil para limitarse a envidiarle sus hijos, sus banquetes y sus mujeres" a estos "desgastados por la crápula" que "explotan, tiranizan, vejan, insultan con sus pompas robadas, las miserias de millares de hombres fuertes a quienes bastaría un empujón para aventar a los infiernos esa podredumbre". ¿Con la ley en la mano? —se pregunta, y responde: "—No; con las manos limpias, a puñetazos".

Un hermoso artículo de Mario Bravo nos recuerda los versos de Richepin que Lugones publicó en *La Montaña*. Esos versos, como las palabras de Baudelaire en un prólogo a Pierre Dupont, traducen lo que debía sentir Lugones ante la espantosa realidad social de entonces. Son explosiones que vuelven a darse con la misma conmovida piedad el 1º de mayo de 1897: "Hay algo de intensamente hermoso en este día de los oprimidos —dijo entonces—: la Esperanza. Harapientos, encallecidos, usados, extenuados, enfermos, parecemos un montón de jaulas desvencijadas y que dentro de cada una hubiera un león...".

*La Montaña* desapareció en setiembre de aquel año. Se le impuso una tremenda multa que al serle levantada promovió algo menos que la gratitud; produjo aquel lapidario soneto de Lugones en "que alaba las excelencias de la castidad".

*El señor Intendente don Francisco Ascobendas  
tiene pudor...*

Hasta 1903 Lugones va a permanecer fiel a su credo socialista. Pero en agosto de 1896 ya sus relaciones con el grupo ha sufrido un traspies: se le acusó, por entonces, de inconducta partidaria, a raíz de la publicación, en *El Tiempo*, de una salutación al Príncipe de los Abruzos. Lugones asumió su defensa: enumeró los servicios que había prestado desde que fundara el Centro Socialista de Córdoba y gritó contra lo que juzgaba "la sospecha injuriosa, el ataque personal y la excomunión degradante...". Se opusieron a la expulsión Roberto Payró y José Ingenieros. También Piñero y Juan B. Justo. "El partido —dirá Dardo Cúneo— a propósito de una situación semejante planteada a Gerchunoff— parecía tener el rigor de secta satisfecha. No la solidaridad de una confraternidad de doloridos. Pero *La Vanguardia* un día de marzo de 1896 había elogiado efusivamente la voz ardorosa del poeta que "canta a la ciencia, a la igualdad, fulmina al dios millón y desprecia al clero...". Lugones proclama, además, la vigencia del odio y la agresión contra la inanidad de la tolerancia y el parasitismo social, como en sus versos del 1º de mayo:

*¡Odia, pueblo! La faz se hermosea  
cuando hay fiebres de odio en el pecho,  
como barras de odio candente  
que doran las bravas injurias del fuego.  
En mi bárbara estrofa se irrita  
como lengua de víbora el nervio,  
el odio arde en mi bárbara estrofa,  
¡el odio es el torvo pudor de los siervos!*

En 1903 Lugones, sin abjurar de su actitud socialista, aceptaba ya el contacto con personalidades políticas. Por entonces la revista *Ideas*, o mejor Manuel Gálvez que la dirigía, promovió —al parecer sin desearlo— un violento conflicto con el poeta. La respuesta que la revista dio a su exabrupto, fue mordaz; le envía Gálvez veinticinco pesos por su trabajo y escribe al director de *La Nación*: "Crea, señor Director, que sentimos no disponer, para pagar la colaboración del señor Lugones, de algún encargo oficial; a las Misiones Jesuíticas por ejemplo". Muchos años después el mismo Gálvez da del hecho una

versión intencionada: "Le sobraba razón —escribe en sus *Recuerdos de la vida literaria*...—: Por esos días andaba en las mejores relaciones con ministros y diputados".

Aquel conflicto marcó el fin. Antes de terminar el año, en *Caras y Caretas* se lee al pie de una fotografía: "Mientras el señor Lugones elogiaba al general Roca y hacía la apología del doctor Quintana —su hombre— la concurrencia prorrumpió en vivas al socialismo y al Partido Radical...".

En adelante Lugones lo combatirá en sus formas europeas y americanas. El contragolpe no se hará esperar. En los mismos sitios donde hasta ayer lo aclamaban con pasión, se oyen estribillos nuevos: "¡Ugarte, sí; Lugones, no!"

Se aparta, pues, del socialismo. Para explicar su actitud están los hechos que lo colocan en posición incómoda, está el rigorismo sectario, está la cerrada dureza de la multitud, denunciada en las palabras de Emilio Bechér: "El público socialista ha demostrado esa noche —dijo a propósito de un brillante discurso de Manue Ugarte—, que vale tanto como los auditorios aristocráticos, por la grosería de temperamento y la vehemencia de la estupidez". Algo semejante, como vemos, a lo que por entonces expresara José Ingenieros. Pero si deseamos una respuesta en profundidad, tal vez no basten aquellos supuestos. Siempre cabe preguntarse qué era ese impulso que lo hizo agotar energías y encendidos desvelos durante diez años y qué causa honda lo arrancó de él. ¿Fue inquietud de sangre joven? ¿Urgencia de saltar al primer plano de la espectación pública? ¿Espíritu sincero de fraternidad social? ¿Ansias vengativas? Un expositor de las derechas ha dicho que "fue necesario que un resentimiento universal servido por una enorme fuerza de penetración intelectual y de síntesis interpretase un resentimiento histórico, para que naciese esta doctrina de la revolución". Pero Nietzsche, que Lugones ya admiraba por entonces, ubica el resentimiento y el deseo de venganza en el alma del hombre débil. "El fuerte —escribe— tiene un patrón agresivo". Aparte una posible conciliación de estas dos posiciones, la exaltación del individuo en Lugones, su ideal del hombre superdotado, ¿no serían suficientes para apartarlo de la doctrina socialista y de su humanitarismo mesiánico? Nietzsche le dictaba pensamientos sutiles: Nietzsche para quien la masa no merecía atención, sino como "copia difusa de los grandes hombres o como instrumento de los grandes". El cambio

hacia la derecha, sin embargo, por más que la adhesión transitoria al roquismo pareciera indicarlo por entonces, no será brusco ni alcanzará realidad contundente hasta después de la guerra del 14 que al estallar y en su trascurso lo hallará en gesto de convencido demócrata. Lo decepcionó la política aliada y se hizo luego en él evidente la ineficacia de los sistemas parlamentarios.

Pero retengamos aún su imagen, en el comienzo de esa segunda etapa porque nos ayudará a comprenderlo. Con tono levantado se le oyó decir una noche de 1903: "Por lo demás, señores, la candidatura del doctor Quintana desvanece los recelos que podríamos abrigar sobre el ocupante de la presidencia futura... Hemos hallado al hombre". Pero este discurso contenía algo más que la adhesión, quizá desinteresada, a esa política. Él mismo dijo allí que no había en él un "roquista, ni siquiera un partidario condicional". La conferencia desarrolla, además, un perspicaz retrato de los caudillos y el bandidaje electoralista. Algo así como lo que por entonces proclamaba Florencio Sánchez en sus conferencias del Ateneo de Montevideo contra lo que llamaba "las epopeyas de nuestra raquílica existencia americana" mientras hablaba de una sociedad adoradora "de las tibias resacas del primer gaucho clásico que se le ocurre héroe, enarboladas a guisa de ideal". Lugones ya aparece en aquel discurso enemigo de las formas democráticas, que llama de "importación y trasplante". Hay por otra parte en sus palabras, como una justificación del fraude electoral ejercido en una sociedad sin cultura cívica que no sabe darse a conciencia sus propios representantes. Por algunos años, los de vida europea particularmente, sus escritos rehuyen el compromiso vital; pero la preocupación política y social se mantuvo en él y alcanzó alturas ardorosas mientras se renovaban sus ideas y crecía la distancia entre sus principios democráticos y la realidad circundante. *Mi beligerancia* (1917), *La torre de Casandra* (1919), *Acción* (1923) y *La organización de la paz* (1925), libros integrados en su mayor parte con discursos y colaboraciones desde Europa, en particular para *La Nación*, tratan de política europea e internacional al mismo tiempo que van mostrando el panorama argentino y definiendo la evolución de sus propias ideas, que en un segundo período van a incidir especialmente sobre problemas locales y americanos. Así *La patria fuerte*, *La grande Argentina*, ambas de 1930 y *Política revolucionaria*, que es de 1931.

Creo que pueden limitarse aunque con relativa elasticidad, cuatro etapas en el desarrollo doctrinario de Lugones. El primero se iniciaría con la prédica anarcosocialista hasta 1903. El segundo abarca un lapso de más o menos 15 años. Antes de 1920 se hace ostensible una madurada inclinación por el militarismo nacionalista. Hasta 1931 se prolongaría la etapa siguiente: algo más de 10 años durante los cuales debe hacer frente a una violenta oposición de los sectores llamados liberales. Luego crisis, revolución y decepción casi inmediata. El cuarto período es en parte revisión de sus ideas, en un esfuerzo de equilibrio mesurado. Llega hasta 1938, año de su muerte.

En aquella primera etapa que he esbozado, el poeta se comporta como un espíritu dominado por irrefrenados impulsos. A las razones de su actitud inicial sumemos ahora una interpretación de Juan P. Ramos. "La falla de su genio —nos dice el crítico— era que una imagen de una cosa equivalía en él, a un sistema de razonamientos". Y, en realidad, parece cierto que el ardor de las imágenes grandiosas de Hugo, de Andrade y de Almafuerde han obrado como estímulo y se han recogido sin discernimiento, por pura y simple adhesión formal y plástica. Lugones obraría entonces como aquel personaje de Paul Bourget que se niega a comulgar después de la lectura de la *Psicología de Dios* y contesta a su madre: "Déjame, madre, no creo ya". Pero este problema de la fe, correlativo en Lugones al de sus concepciones políticas, merece atenderse aparte. Y desde ya anotemos que su aversión a las manifestaciones del dogma cristiano, es de lo más duradero que encontramos en él y lo convertirá en centro de agrias críticas. Su poesía afirma una adhesión a la fe más o menos asidua. En *Las montañas del oro*, la fe es "la suprema reveladora"; "el mundo es un milagro de fe". En los libros siguientes las alusiones al paisaje envuelven casi siempre un sentido panteísta más o menos indeterminado y de raíz estética. En los cuentos de *La guerra gaucha* el sentimiento religioso está presente y alguna vez se identifica con el amor a la patria o a la tierra. Por el contrario, los escritos políticos, estéticos y doctrinarios destacan la antinomia cristianismo-paganismo, con franca aceptación de éste y condenación de aquél. Esta idea, como dije, se sostiene largamente en Lugones, pero en el *Roca*, que dejó sin concluir, hay una búsqueda de efectiva conciliación. Aquí propone una línea de continuidad histórica de la "cristiandad" en eslabón lógico con el paganismo, al que sustituye, pero del que se reconoce

heredera sobre el fundamento común de filiación divina. Pero antes de llegar a ese punto, Lugones expondrá hasta la saciedad lo que él mismo llamó su *teoría histórica*, expresada de modo muy similar en todos estos escritos y que hallamos en *Mi beligerancia*, declarada así: "...consiste en sostener —escribe— que el Cristianismo... interrumpió en su tiempo la evolución del paganismo grecolatino hacia la libertad plenaria, que es de suyo, la libertad individual...". Ciertamente es que en *Piedras liminares*, donde hace historia de la cultura medieval, opone al paganismo, como doctrina de la avaricia, la caridad cristiana, y habla del triunfo que representa "la adquisición de la dicha que emana de la paz espiritual" y del ascetismo como de "una secular ascensión hacia la luz", pero esto era necesario para la identificación de todos los fenómenos culturales cuya culminación ve Lugones, para aquella época, en la aguja del templo gótico, enamorada de la altura. Sea como sea, al avanzar en el texto nos damos de pronto con las ideas más persistentes del poeta en relación con el cristianismo: "Aquello es el último suspiro —escribe— de una humanidad que acaba, un ideal que se va, arrastrando consigo las más bellas aspiraciones de veinte o treinta siglos". Y agrega, en resuelta definición: "La llama que debemos encender en nuestra ara, es el fuego ateniense del dios desconocido". Además, culpa Lugones al Cristianismo de ser un elemento de opresión "más o menos directo y consciente utilizado por el Estado con fines de sometimiento, y significa —agrega— él mismo, como otras religiones, una manifestación del principio asiático de obediencia". Así dice en *Mi beligerancia*.

Nos sale al paso a esta altura, la réplica que no podía hacerse esperar. Lugones facilitó la ocasión, a raíz de sus conferencias del Jockey Club, en 1922, sobre "Las carreras de la *Iliada*" en las cuales al decir del diario *El Pueblo*, se las arregló el poeta "para injertar su acostumbrada catilinaria contra el Cristianismo". Tres largos trabajos firmados por Z. V. Arana con agobiante acopio de erudición y gracia chispeante, sometieron a menuda crítica, ideas, conocimientos, teorías y poesía de don Leopoldo. Con un buen recurso dialéctico, Arana empieza reconociendo que Leopoldo Lugones podía haber sido quizá una gloria de la patria. Pero —agrega— "ciertos vicios de educación y algunos prejuicios sectarios que echaron hondas raíces en su inteligencia, malograron el triunfo inequívoco". A propósito de la civilización clásica que Lugones quiere proponer como modelo, Arana descubre un



curioso punto de contacto entre el poeta y Calígula: "Su fervoroso amor a la luna". Agrega que Lugones tal vez no ha recibido todavía, como el emperador romano, ninguna invitación de Júpiter ni ha celebrado con él ninguna entrevista. Pero por lo menos con la luna, ha trabado una "estrecha familiaridad". Como el poeta en su *Lunario sentimental* se declaraba fiel sacerdote de Selene, Arana formula de paso una acotación doctrinaria: "No es, pues, extraño —dice— que Lugones, a pesar de ser anarquista, sea gubernamental, como aquel otro que era ateo, *gracias a Dios*". Elogia luego a Lugones por la dedicatoria "A mis cretinos", pues denuncia con ello que puede dirigirse a sus abundantes admiradores en esos términos, sin escrúpulos de conciencia. Manifiesta Arana su ignorancia sobre un presunto masonismo de Lugones, aunque "su mal gusto, su criterio extravagante y su anticristianismo empedernido, indican que las logias no tendrían gran dificultad en ganárselo"; duda, sin embargo, que el Lugones anarquista se avenga a soportar el gobierno autocrático y misterioso de las logias. El dominio que el poeta demuestra de las hortalizas es otro de los lugares que admira en él, y termina el apartado que dedica a enumerar los "atentados de Calígula y el poeta, contra Homero" con una imagen suya: "El mundo va tomando un subido matiz de zanahoria". Y al cerrar el último de estos artículos con la predicción realmente ingrata del destino futuro del poeta, insiste en repetir, ahora en verso, idéntica metáfora. Cierto es que Arana se ha puesto muchas veces serio en el transcurso de estas columnas: así, por ejemplo, cuando lamenta que el declarado anticristiano haya tenido y siga teniendo a su cargo la educación de tantos miles de niños del país.

Importa mucho para desentrañar las actitudes, en apariencia tornadizas y contradictorias de Lugones, destacar que por lo menos hasta 1903 muestra una ciega confianza en la capacidad del pueblo para trazar su destino y dignificar en el hombre las virtudes ciudadanas. En *La guerra gaucha* las multitudes anónimas asumen conciencia heroica en el sacrificio común por la patria, pero ya en algunos artículos escritos desde Europa en 1912, esta fe está en quiebra. En *Elogio de Ameghino*, multitud es "sinónimo de recua que busca un amo". En 1912 había escrito para el *Sarmiento* un artículo donde habla de "esas grandes bestias que son los pueblos", a los cuales "los gobiernos aplican... los groseros expedientes compatibles con su condición: el militarismo, las elecciones, la religión, el odio de raza, ramales del mismo

cabestro tradicional". En 1919 dice en *La Nación* que Sarmiento "nunca fue popular porque los pueblos no saben amar sino a sus tiranos y explotadores". Y en *Estudios helénicos* ha de afirmar que "la plebe, por lo demás, no es materia poética, aun cuando su miseria física y moral inspire misericordia", para agregar en seguida: "el individuo superior vale más hasta cuando está muerto, que la tumba sin historia en su continuidad de elemento amorfo". En el mismo libro habla de la "ralea bastarda y servil de ilotas y metecos". Poco antes había manifestado su franco desprecio por la "clientela de la urna y del comité". Es que toda su confianza estaba puesta en el hombre superior, en el individuo cuya inteligencia se eleva siempre sobre la muy discutible del pueblo o de la masa. Sólo por él consideraba posible el progreso y despreciaba la idea de igualdad al mismo tiempo que señalaba la oprobiosa distinción que el socialismo hacía entre ricos y pobres. De aquí su concepto de que en una democracia, el "obrerismo" es camino abierto al despotismo demagógico. "La igualdad republicana queda abolida en ambos casos", escribió en *La grande Argentina*. Estas ideas venían en él desde lejos, pues algún párrafo del *Imperio jesuítico*, que es de 1904, las anuncia, aunque a veces sus afirmaciones parezcan adquirir un sentido precisamente contrario, sobre todo en cuanto atañe al criterio de la *igualdad*, tal como surge del siguiente párrafo: "No es preciso aplicar 'a priori' los principios de justicia, ni hay mal absoluto en ninguna acción. Si el exterminio de los indios resulta provechoso a la raza blanca, ya es bueno para ésta; y si la humanidad se beneficia con el triunfo, el acto tiene también su parte de justicia, cuya base está en el predominio del interés colectivo sobre el particular".

También comprendemos que la democracia que llamó "importada" no podía ejercer, aplicada a nuestro país, mucha atracción sobre él. Ya en 1913 habla en *Elogio de Ameghino*, de la voluntad de la mayoría como sinónimo de "fuerza bruta". Lugones calificaba de "sarcasmo bizantino" el voto secreto y obligatorio, en una nota del libro. Al propiciar la elección de Quintana en la sonada conferencia de 1903, justificaba, como anticipé ya, que el estado del país obligara a todos los gobernantes —decía— "a violar resueltamente la constitución".

Proclamó en 1923 su adhesión a las instituciones militares y dijo que el "imperio dogmático de postulados o de sistemas ideológicos", o el orgullo de los retrógrados los obligaba "a confundir con la inmovilidad, la firmeza de carácter". Con estas palabras, confesaba mucho

más de lo que él mismo suponía. Esa fe, objeto ahora desdeñado —la que le hubiera impedido abandonar la confianza en la libertad y la democracia—, era la que confesaba no haber tenido nunca. Toda una doctrina creó después para demostrar que “la vida es un estado de fuerza o sea de imprescindible captación de los elementos vitales”. Pero entre sus conferencias y artículos que reunió en *Mi beligerancia*, de 1917 y *Acción*, de 1923, se hallan las airoas proclamas, algunas de ellas verdaderos modelos de estilo en su especie, de *La torre de Casandra* en las que se hallan vibrantes discursos: “Hemos descubierto a la vez —decía— los elementos de la victoria: se llaman justicia, libertad, humanidad”. En todas esas conferencias, algunas de ellas improvisadas, traduce Lugones un inequívoco entusiasmo por el triunfo de los aliados. En todas hay una igual condenación del militarismo y la fuerza de conquista. Las palabras justicia, orden, libertad, honor, clamorean en su encendimiento. Elogia a Estados Unidos y desde siempre a Francia. Vibra de satisfacción ante la idea de la unidad panamericana. Se creería en una verdadera euforia democrática a pesar de estas palabras de la “advertencia preliminar”: “Creo otra cosa a mi vez, de las paradojas democráticas y ello por una razón: las dádivas del soberano, poco y nada me tientan; pero me inspira compasión en su triste suerte... Sé también cuánto le agrada la ilusión misteriosa de su soberanía”. Y hace burla de ese pueblo que no podrá leerlo “porque es analfabeto el infeliz, para desgracia de mis pecadores libros”. De la aristocracia de sus estudios había hablado antes en una carta al poeta Castellanos...

Se ve que el fondo permanente de sus ideas no ha hecho más que evolucionar, clarificándose. Sus manifestaciones de 1923 lo revelan con las armas preparadas. La amenaza de una nueva “paz armada” que debía esperarse creara en él un estado similar al que experimentó en la Europa de preguerra, abren las puertas anchas para la irrupción de las conferencias del Coliseo. “Las conferencias —escribe su hijo— constituyeron la ratificación de un pensamiento filosófico y el comienzo de la nueva doctrina de Lugones”. La reacción subió a su colmo. Su prédica anticlerical, sus golpes al socialismo y su exaltación del fascismo, crean los tres frentes desde los cuales se llevaría el contraataque. *La Vanguardia* concretó en 1917 su posición antilugoniana. Pocos días antes de condenar al poeta, golpea al radicalismo que “se desata contra la campaña antimilitarista del socialismo, considerándola como

una aberración sectaria tendiente a reclutar electores entre ciertos elementos de la clase obrera...". Días después pone en la picota a Lugones bajo el título de "Un detractor del socialismo". El tono es injurioso. Se admira un ingenio para el cual no hubo imposibles. Se le imputa haber escrito *El Imperio jesuítico* "mediante una excelente retribución oficial", igual que la *Historia de Sarmiento*. "Si tuviéramos un espíritu lugareño y estrecho —agrega— podríamos decir que el señor Lugones es un perfecto cordobés. Psíquica y mentalmente es un hijo de los claustros monacales del colegio de Monserrat... Fue revolucionario para transar poco tiempo después... con el general Roca, su detractor de 1896 y su elogiado de veinte años después...; enemigo de todos los políticos —continúa— se alquiló en 1904, para hacer el elogio de Quintana". Señala el "tono doctoral" del poeta que logra imponerse de tal modo a las inteligencias débiles o poco cultivadas o excesivamente "impresionistas". De ahí que sean tantos sus admiradores... El análisis de la dialéctica lugoniana lo lleva después al campo de sus sentimientos y el periodista descubre en él a un hombre "capaz de odiar con incontenible violencia". ¿No es una contradicción —se pregunta después de llamarlo jesuita— que quien odia al socialismo diga por fin que la "solidaridad humana se nos impone a pesar nuestro"?

Poco después toca el turno a Alberto Gerchunoff, otro disidente de las filas socialistas. Le recuerdan que fue expulsado del partido hace muchos años y la deuda que aún no ha pagado al Centro socialista de Rosario... Le enrostran haberlo visto innumerables veces mendigando en la puerta de los ministerios y hacer miles de genuflexiones jesuíticas en las antesalas del congreso. Él también es acusado de militancia en las más opuestas políticas, y de haber juzgado al Partido Socialista como a una masa aspirante al poder por el poder mismo... Y como no podía faltar, también el golpe para el otro enemigo: "La conferencia —continúa la nota— estaba dedicada a Leopoldo Lugones, maestro en este género de lucubraciones. El árbol justifica la calidad del fruto...".

Lugones, poco propenso a asumir la propia defensa, callaba habitualmente. También por esto se lo condenó muchas veces. Era, como siempre en el pensamiento primario de muchos, una manera de otorgar. Sin embargo en mayo de aquel año, precisamente el día 4, bajo el título de "Dos palabras", dirigidas al director de *La Nación*,

comenzaba diciendo: "Cierta propaganda malvada, me atribuye la adhesión a tal cual secta o partido y la redacción anónima o clandestina de ciertos diarios. He considerado siempre inmoral, escribir a la vez en dos periódicos de tendencias opuestas... y en cuanto a lo otro —continúa— tengo la desgracia o la suerte de que mi libertad personalísima moleste a todos los sectarios conforme suelen manifestarlo con elocuente variedad, desde el cartel frenético hasta el pasquín, y desde la banca parlamentaria hasta el púlpito".

En julio de 1923 pronunció Lugones las ya mencionadas conferencias del Coliseo, patrocinadas por la Liga Patriótica Argentina. Denunció en ellas la existencia de un peligro exterior. Propuso desde luego la urgente necesidad de armar al país para defenderlo de los peligros de afuera y de adentro. Y en esto declaró con furor xenófobo que la patria la habían hecho los argentinos. Que la constitución fue concebida sin extranjeros y arrancó al público un juramento por la bandera que todos aclamaron de pie: "¡Juro —y en este instante siento que todo el país jura por mi boca— juro que no la han de manchar! Y húndanse los cielos antes que ocurra tal infamia!". La tercera de esas conferencias puso en un mismo pie de orden y disciplina al fascismo italiano y al maximalismo ruso. Golpeó una vez más al mal endémico del voto universal y la burocracia criolla; el encumbramiento de tacheros y lustrabotas por la sola condición de extranjeros cuya deuda de gratitud al país se pagaba con el odio a la patria y la puñalada por la espalda. En la última exposición propuso fundar una entidad, especie de guardia nacional adherida inquebrantablemente al ejército y la armada y proyectó propiciar la nacionalización automática de todos los extranjeros de buena conducta, la cuota anual de inmigración, la revisión de las cartas de ciudadanía. En otro orden de cosas estipulaba la fijación de los salarios y sueldos mínimos y también el sueldo nacional máximo, inclusive el del presidente y los ministros. Prescribía la administración autónoma del ejército y la armada, la protección de la raza y el apoyo a la maternidad y a la infancia desvalida.

Los enemigos respondieron puntualmente. *La Vanguardia* ya en 1921 lo había llamado "un koloso (con k) del pensamiento" y atacaba su curioso nacionalismo "que pretende copiar los peores modelos extranjeros". Su persistente ojeriza no cede y ahora arrecia crudamente. Se suman títulos que hacen decir a Lugones su satisfacción de la palabra capaz de excitar a la prensa sectaria, extranjera sin excepción. *La Patria*

*degli Italiani* y el *Giornale d'Italia* claman por los ataques a la inmigración. Menudean los golpes de *Crítica*. Transcribe el 21 de julio una declaración de los estudiantes por la cual se repudia "el denigrante concepto de argentinidad de que hace profesión de fe el señor Lugones, que se anuncia por el odio al extranjero y la exaltación del militarismo". Como en la polémica parlamentaria se dijera de Lugones que era muy cómodo hablar contra la burocracia desde un puesto de 800 pesos, Lugones se defendió en una carta abierta: demostró que por la eficacia idónea de su función resultaba al país mucho menos gravoso que cualquier diputado, lo cual provocó otra nota de *Crítica*: "El poeta y los garbanzos". Un repudio más publica días después "Considerando... que la Nación Argentina en sus días patrios se enaltece viendo su bandera acompañada por la de los países de donde vienen esos mismos varones laboriosos... se resuelve: 1º Repudiar públicamente en nombre de la juventud argentina, el insulto dirigido a los extranjeros e hijos de extranjeros que han colaborado fundamentalmente en la formación de la nacionalidad argentina". Ante el parlamento se reclama contra el delito de "usurpación de autoridad". El diputado Saccone conduce la acusación en una meticulosa ringlera de agravantes. *Crítica* recoge con cuidado las sesiones turbulentas y toma partido contra el poeta, naturalmente, o mejor contra el "usurpador". Leemos: "Las divagaciones chauvinistas de Lugones han repercutido, pues, en plena cámara popular. No ha habido discrepancias para juzgar la actitud lugoniana...". Y como para evitar equívocos declara que no es su personalidad la que se discute sino su actitud sediciosa, su opinión injuriente para la Constitución... y su desprecio por el parlamento. El diputado Saccone tampoco va contra el poeta y hasta procura explicar los cambios de frente del acusado. "Las evoluciones —dice más o menos— cuando señalan etapas de la vida, pueden quizás justificarse. El criterio del Lugones de 1897 podría ser distinto del criterio del Lugones de 1922. Pero el poeta se ha equivocado respecto a las fechas. El Lugones de 1897... ha revivido su comunismo anárquico hace apenas dos años y medio, publicando en diarios y revistas metropolitanos, elogios, loas, aplausos y alabanzas al maximalismo ruso". El ataque es cada vez más punzante. Le parece al diputado Saccone que Lugones "ciñera sus conceptos y exteriorizara sus doctrinas a base del efectismo que le producen los hechos internacionales". Y a este hombre ubicado en la banda extrema del nacionalismo lo acusa de "extranjero".... "Ayer —continúa— fue

comunista, hace poco maximalista, ahora fascista... Y ¿quién puede asegurarnos que un hombre tan barométrico y movedizo en su ideología no pueda también variar mañana sus actuales conceptos o doctrinas?"

El periodismo pues, defendía el sistema parlamentario y la constitución. Lugones con una franqueza desafiante denunciaba los males de la demagogia, el despilfarro y la prepotencia. En esto el mismo diario *Crítica* y desde luego los hechos le daban, al menos, la razón. "El asunto de Córdoba queda librado al milagro —leemos al día siguiente— ... Las horas de Córdoba están contadas... La intervención será inexorable sin ninguna razón legal que la justifique, votada por el servilismo de unos y la cobardía de otros; todo porque el supremo caudillo lo impone y el caudillo pesa aun en la balanza de la república". Palabras que debieron ser refrendadas por Lugones. El más violento de los ataques llevados por *Crítica* es una carta que firma El Charrúa de la Torre encabezada por un "Perínclito señor". El ensañamiento es cruel: "Sabía —le dice— que al mismo hombre le gustaba proclamarse anarquista entre sus amigos, pero a puertas cerradas en su despacho de canonjía opípara". Como el periodista de *El Pueblo* también éste vaticina su destino póstumo. Predice que cuando la muerte le llegue, de él dará cuenta a la humanidad un panegírico de la agrupación nacionalista "y el entierro lo hará a su costa la Liga Patriótica Argentina... Ya antes —agrega— Leopoldo Lugones se ha enterrado él mismo, para la gente joven y liberal argentina".

Los diarios dan cuenta de las réplicas de Alfredo Palacios. *La República* desarrolla el siguiente temario: "El patriotismo es diferente del patrioterismo — El anarquista Lugones rechaza ahora la dictadura del proletariado pretendiendo reemplazarla con la dictadura de la burguesía y de la aristocracia— Sus anatemas contra la democracia y la constitución." Mientras tanto, nuevos artículos en *La Nación*, de octubre y noviembre ratifican la posición de Lugones. Los títulos declaran ya el contenido: uno "El fracaso ideológico"; otro "La ilusión constitucional"; el 3º: "Estado fuerza". En el último declara que el pacifismo es mala política y que la doctrina de "no agresión" es simplemente ilusoria. Pero aún no ha dicho la palabra más clara, la que de una vez inaugura para él, y según desea para la patria, "la hora de la espada". Llegará para terminar con la dilapidación burocrática, y una constitución convertida ya en instrumento caduco a cuya sombra prosperan catorce gobiernos inútiles. Por entonces *La Vanguardia* hablará de "la crisis mental de un poeta burocrático". Y el *Martín Fierro*, órgano de escri-

tores y artistas, también dirá su palabra en el conflicto que compromete al colaborador asiduo. La bondadosa atención de un bibliófilo amigo y modesto me ha facilitado las notas que aquí aprovecho en el aspecto doctrinario. En el número 2 de la revista, que es de marzo de 1924 se hace referencia a la versatilidad de Lugones "que corre de Homero a las minas de hulla y las jangadas, pasando por la paleontología de Ameghino". Aparte la caricatura en la primera plana, que en uno de estos números muestra al poeta armado de todas sus armas, la nota más jugosa en el aspecto que nos interesa, es la defensa que asume del poeta cuando se lo envía al Consejo de la Liga de las Naciones: "Algunos quisieran embarrarlo del todo —leemos— por su curiosidad, por su inquietud, porque es un hombre que comete el delito de evolucionar: Lugones escandaliza. Luego, existe". Hace el elogio de su humanismo y de su arte "que es una alta obra de belleza, incontaminada" y de su vida "un ejemplo de hombría de bien...". Termina el artículo prediciendo que "seguirán ladrándole cuzcos garroneros hasta que llegue el día que cese el crimen de producir y crear, cuando el prólogo de historia de las oraciones fúnebres lo coloquen... entre la media docena de nombres admirables en virtud de cuya pasada existencia, es cosa de orgullo y digna, llamarse argentino". El 4 de julio de ese año, Mario Mariani firmó una carta dirigida al *Martín Fierro*, que la dirección publica. El escritor acusa al periódico de un pecado capital: el escandaloso respeto al maestro Lugones. "¡Qué gesto —agrega— el de *Martín Fierro* si se encara con el maestro gritándole groseramente de esta guisa: Maestro, su adhesión al fascismo es una porquería!". La redacción contesta desechando la pretendida admiración sin límites y agrega que "si opináramos así de la tan zarandeada actitud de Lugones, no perderíamos la oportunidad de decírselo —en otra forma, claro está— pero lo creemos simplemente equivocado... Por otra parte, sigue la réplica, Lugones político no nos interesa, como tampoco nos interesan sus demás actitudes ajenas a la literatura." "Si Vd juzga que a Lugones se le debe contestar con insultos —aconsejaba ya el *Martín Fierro* de 1919— no lea el *Martín Fierro*".

En diciembre de 1924 Lugones viaja a Lima para representar en nombre del Consejo Nacional de Educación y el Círculo de la Prensa a nuestro país en el centenario de la batalla de Ayacucho. "Os denunciaremos —declara un manifiesto de los estudiantes argentinos a los de Perú— la próxima presencia de un huésped ingrato". Y Lugones no defrauda la expectación creada. "Ha sonado otra vez —dice con voz



altiva y sonora— para bien del mundo, la hora de la espada. Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha demorado hasta hoy...”. El pacifismo agregó luego “no es más que el culto del miedo o una añagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo...”. Antes de exaltar al ejército “como la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica” dirá que la vida misma se define por cuatro verbos de acción: amar, combatir, mandar, enseñar “y que los tres primeros son otras tantas expresiones de conquista y de fuerza”. El eco de estas declaraciones responde instantáneamente y como es natural, quitando, poniendo, deformando en fin, la palabra original, que como vemos no necesitaba de ello para resultar contundente. “Lugones ha ofendido la dignidad del pueblo argentino”, clama *Crítica*. “La cámara de diputados no debe ocuparse de Lugones, el poeta de todas las claudicaciones” grita *La República*. “Tambores y tambores” escribe *La Fronda*, mientras el diputado Saccone interpela al ministro de Justicia e Instrucción Pública.

Hasta 1930 crece el furor belicista de Lugones. Habla en 1927 del género humano como de “una entidad zoológica... feroz como todos los carnívoros”. “La guerra —dice— constituye una función vital, resultante de su índole conquistadora y agresiva. Único entre las fieras, ha creado (el hombre) todavía la gloria, o sea la complacencia y admiración del triunfo por el triunfo mismo. La ideología pacifista es, pues, contraria a dicha índole. Su organización constituye otro sistema imaginario”. Para el Lugones de estos días que habla de la Diosa Libertad, esa Venus de la plebe, del derecho como de la “fuerza consentida”, de “individuos predestinados a trabajar para otros” y del triunfo de la vida “en la persona de los mejor dotados” la misma constitución del país, que años antes juzgaba hecha por argentinos para los argentinos “resulta extranjera desde el texto hasta el espíritu”. Y puesto que ha sido violada tantas veces, se pregunta: “¿Qué nos importa ese monumento estéril?”. Todo cuanto abraza la ambición del hombre, es sometido al concepto de fuerza. La misma democracia de Atenas se le aparece como la victoria de Pericles, un general. Levanta en triunfo las victorias de la virilidad demoledora. Asimila lo social a lo biológico en una grosera estructuración de orden materialista que poco antes había com-

batido arduamente. En *La grande Argentina*, que es de 1930 ha definido paradójicamente a la libertad como "una aspiración aristocrática" y la vida libre que había sido para Lugones algo cuyo precio no es sino el de ella misma, aparece subordinada al Estado, suprema aspiración. Nadie había fulminado contra el armamentismo como él. Vimos que en *La torre de Casandra* "El militarismo y el fanatismo, separados o juntos, producen la enfermedad mental que llamamos despotismo". Pero desde 1923 el poeta canta a las armas con toda la voz que tiene, porque afirma que "la patria no tiene mejor cariño que su espada ni voz más alta que el toque de clarín". Se hace campeón de las ideas de dominio: "Toda potencia es imperialista de suyo. Desarmarse importa renunciar a este ventajoso estado superior".

Unas palabras sobre el juicio ulterior a propósito de las doctrinas de Lugones. Jorge Luis Borges que como poeta de promoción inmediatamente posterior lo negó entonces para reconocer en la madurez la necesaria deuda contraída con el *Lunario sentimental* ha dicho que "sus desagradables y enfáticas opiniones políticas dañaron su reputación literaria". Ya hemos visto a lo largo de esta exposición que por lo general los críticos de sus polémicas doctrinarias dejaban aparte cuidadosamente al poeta. Por cierto, no siempre. Arana el que lo castigó desde las columnas de *El Pueblo* se ensañó también con su poesía, pero, el campo aun allí aparece claramente limitado. Lugones habló de su impopularidad pero me atrevo a pensar que, como también hemos visto, su nombre no descendió en el interés público. Quizás hasta propició la venta de sus libros. Creo humildemente, además, que sólo el mismo poeta puede dañar su reputación y ello naturalmente, con los malos versos, que por cierto en Lugones no faltan. Esto, aparte también de los testimonios que nos otorgan aquellos años a través de la crítica y los homenajes al poeta, que alternan en la bibliografía lugoniana, con los más violentos ataques al hombre de ideas. El año 1924, el de los diarios impactos a sus posiciones doctrinarias registra también el de los más amplios elogios al poeta, dentro y fuera del país. Anotemos la iniciativa que escritores y artistas promovieron entonces en su favor para que se le otorgara el premio nacional de literatura de aquel año. Lo más significativo de la cultura argentina firmó su adhesión en una lista encabezada por Jorge A. Mitre, Roberto J. Payró, Ricardo Rojas, Enrique Larreta, Horacio Quiroga, Capdevila, Gálvez, etc. El grupo del

*Martín Fierro*, en plenitud de representantes y entre ellos Jorge Luis Borges.

Para terminar digamos con justicia que Lugones, mientras demolía con su fuego —y haciéndose sobre todo daño a sí mismo— también construía. Porque el desvelo de patria que acicateó la existencia del poeta, edificó también mucho y para siempre. Edificó desde su *Didáctica*, nueva aun hoy por sus principios permanentes para la creación de una escuela nacional, de proyecciones universales. Edificó desde las páginas de *Acción* y luego en *La grande Argentina*, malgrado su posición ya apartada del sentimiento democrático. Y aun después, poco antes de alejarse voluntariamente, con la mirada puesta como siempre en los males del país, trazó un plan severo y ambicioso para la reconstrucción nacional sobre la base de observaciones que revelan cómo, a pesar de tanto desdén por el pueblo que veía envilecido, sentía suyo el conglomerado humano en su dolor callado y en su oprobiosa servidumbre. En *La grande Argentina* escribió al comenzar: “Este libro es un acto de fe en la Patria...”. Y todo el libro lo era en efecto. Nadie entonces fue más hondo que él en el hurgar de las inabordadas cuestiones de economía, que esclavizaban a más de la mitad de la población argentina de aquellos días. Era el suyo un pragmatismo ideológico que podríamos llamar esteticista, porque su doctrina proclamaba la necesidad de la belleza, que es la expresión de la salud en toda sociedad bien constituida.

GUILLERMO ARA

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 6 de mayo de 1958.



## El pensamiento político de Gracián y su tiempo

por DELFÍN LEOCADIO GARASA

En 1640 publicó Gracián —siempre con el cuasi seudónimo de Lorenzo Gracián— su segunda obra *El político Fernando*. Como reza su título, se trata de una obra de política. Nuestro inquieto jesuita no podía hacer caso omiso de este importante aspecto de la conducta humana. Con ello satisfacía una constante predilección personal —siempre lo apasionaron los fluctuantes artilugios de la política— y de paso se incorporaba a una vieja moda literaria recrudescida en su tiempo. Se aunaban así en esta obra el incentivo del auge y el prestigio de lo tradicional.

La obra fue publicada por Vicente Juan de Lastanosa, su pródigo mecenas aragonés, y dedicada al duque de Nocera, virrey de Aragón cuando aquella baladronada de invadir Francia por Bayona. Luego este personaje cayó en desgracia, pero Gracián nunca lo abandonó ni olvidó la protección que en su momento le dispensara. Rasgo no muy frecuente en una época en que prudente amnesia solía invadir a los amigos de los grandes personajes cuando se eclipsaba su estrella política. Este virrey Nocera es considerado en distintos pasajes de la obra de Gracián poco menos que como un arquetipo. En la *Agudeza y arte de ingenio* (LV) lo llamará “Universal héroe” y ponderará sin cortapisas “sus grandes prendas, de superior entendimiento, indecible agrado, humano trato, galantería con que hechizaba a las gentes...”. Más adelante, en *El criticón*, cita un dicho feliz del duque: “No me habéis de preguntar qué quiero comer, sino con quién”. Seguramente Gracián fue asiduo concurrente a los selectos simposiums del virrey y casi con seguridad las frases sobre política que aparecen

en esta segunda obrita se esgrimieron en las tertulias de sobremesa antes de aparecer impresas. Probablemente cuando vieron la luz en Zaragoza, en la imprenta de Diego Dormer, ya estaban melladas sus puntas y mitigado su filo a fuerza de retorcimientos y citas.

Con respecto a esta obra conviene puntualizar un hecho innegable. *El político Fernando* siempre ha permanecido en un plano más modesto y oscuro que las restantes obras de Gracián, a pesar de que su denso contenido y su estilo brillante harían suponer lo contrario. Pocos meses después de su aparición fray Miguel Dicastillo escribía en una carta: "He leído *El político* y me he lastimado que las acciones y hechos de Fernando los haya reducido el autor, siendo tan estudioso, a tanta concisión y cultura". Con lo de "cultura" se refería seguramente al despliegue de erudición histórica que oscurece la figura del Rey Católico. Fray Miguel se lamenta que Gracián hubiera estado algo remiso en sus loas a Fernando. Posteriormente otros lamentarán que hubiera elegido como dechado de príncipes a un monarca cuya vida pública y privada presenta tantas zonas vulnerables.

Por eso o por lo otro, esta obra no logró similar fortuna a otras de nuestro autor. Acompañó, naturalmente, a las demás en las épocas de olvido o reticencia; pero no se la parangonó con ellas, una vez llegada la hora del descubrimiento o de la rehabilitación. Cuando en 1655, aun en vida de Gracián, el francés Antonio de Brunel recorría Aragón, al pasar por Calatayud, recordó que allí había nacido "un escritor de este tiempo" que había publicado "diversos trataditos" de política y de moral. ¿Se refería el viajero a *El político Fernando* en este pasaje de su "Voyage d'Espagne, curieux, historique et politique"? Nada en el resto de la obra desmiente la sospecha de que su conocimiento de Gracián fuera superficial o de oídas.

Desde su publicación hasta el siglo XVIII no corresponde hablar. Un olvido casi total cubrió la obra graciana en aquella época de gestación y reelaboración que algunos suelen juzgar todavía hoy árida y estéril. Si surge por allí alguna mención escueta —la de Capmany, por ejemplo— no se referirá precisamente a *El político Fernando*, sino más bien a las enalabrantes alegorías de *El criticón*, que lograban sacar de quicio a los espíritus más pacatos y académicos.

Menos explicable es la omisión que en 1873 cometió Adolfo de Castro al excluirla del volumen correspondiente de la Biblioteca de autores españoles. Ciertamente allí sólo se compilaban "obras escogidas

de filósofos" y a la sazón toda obra que despidiera tufillo a política no podía aspirar a ningún galardón filosófico. Hasta comienzos de este siglo no empieza a verse reimpressa, a veces con todos los honores, pero siempre más por compromiso que por convicción.

En el resto de Europa corre pareja suerte. El juicio del francés Bouhours que considera a *El político* "el más inteligente y razonable de los tratados de Gracián", no debe considerarse precisamente como un elogio por venir de quien viene. Hasta 1732 no apareció la traducción del P. Courbeville. Antes, en 1672, Daniel Casper von Lohenstein lo había traducido al alemán, pero su traducción no parece haber alcanzado la repercusión de otras en esa lengua.

Durante este siglo que corre sólo lo hemos visto citado al pasar. Romera-Navarro lo juzga "el menos original, profundo y artístico de sus libros". Ya Alfonso Reyes en sus *Capítulos de literatura española* manifestó que "no es esta obra lo mejor de Gracián".

Sin embargo, el juicio de Gracián —nada despreciable por cierto— difirió harto del de sus glosadores y críticos. En la Segunda parte de *El criticón* la Ninfa hace el balance estimativo de las obras sobre política a partir de Aristóteles. En un momento dice: "Esta, aunque pequeña, sí que es preciosa. No tiene otra falta esta Política sino de autor autorizado". Sin duda, se refiere aquí Gracián a su propia obra, a su entender injustamente desatendida y postergada. El juicio tiene su valor, sobre todo si se tiene en cuenta que Gracián nunca hizo mención de sus propios libros. Según Romera-Navarro lo de "autor no autorizado" apuntaba a lo de "no autorizado por su Orden". Pero esta alusión no se percibe con claridad. Muchas veces las sutilezas de Gracián han llegado a contaminar a sus escoliastas más serenos.

¿Por qué Gracián en la fecha de publicación de *El criticón* seguía considerando en meritorio lugar a esta muestra primigenia de su talento? ¿Estaremos ante uno de esos espejismos paternos, semejante al que padeció Cervantes con *Los trabajos de Persiles y Segismunda*? ¿Acaso añoraría en su deprimida madurez aquellas tertulias aragonesas donde *El político* tuvo origen y cobró fama? Nunca penetraremos los verdaderos designios de hombre tan proteico y contradictorio.

En la incertidumbre, he querido dedicar estas líneas a la Ceniencia de las obras de Gracián, no porque crea que estamos ante una obra genial o marcadora de rumbos en la materia, sino quizás por

complacer un deseo del pobre jesuita, tan vapuleado y adulterado por detractores y panegiristas.

Para justipreciar debidamente esta obra de Gracián, es menester situarla en la corriente literaria e ideológica a que pertenece por derecho propio. La boga de los catecismos éticopolíticos o normas morales en materia de gobierno databa de muy antiguo en las letras hispánicas. Ya entre los siglos XIII y XIV en el curioso libro *Historia del caballero Cifar* se encuentran los "castigos" del rey Mentón a sus hijos. ("Castigo" significaba "consejo" en la lengua medieval). Su atenta lectura nos muestra que estamos simplemente ante preceptos morales (algunos viejos como el mundo) corroborados con ejemplos de la más heterogénea procedencia: apólogos orientales, anecdotario clásico, leyendas hagiográficas.

Es bien sabido que la literatura moralizante de la edad media no concebía la admonición lisa y llana, despojada de abalorios. Los lectores de la época parecían no marchar a gusto por entre retahilas de preceptos abstractos, necesitaban a cada paso el solaz del "ensienplo". En este punto, las literaturas en lengua romance no hacían sino seguir el esquema y contenido de los tratados árabes, a su turno repositorios de añejos repertorios orientales. *El collar de perlas*, libro que recoge los consejos del rey Muza II a su hijo, es uno de los que dan la pauta. Luego, en ese molde, se vierten otros elementos procedentes de las Sagradas Escrituras o de las historias romanas. Surgen así obras como *Poridat de poridades*, escrita en tiempos del Rey Santo y el *Bonium (Bocados de oro)*, traducido en tiempos del Rey Sabio.

Esta corriente ensambla con la que se origina en otras obras de ética política, ya más especiosas y sistemáticas. A la cabeza de esta nueva tendencia —no tan desvinculada de la anterior como lo harían suponer la índole de sus autores y la procedencia de los ejemplos aducidos— figuran dos libros del siglo XIII cuyo título común nos está indicando la similitud de propósitos y de contenido. Ambos se llaman *De regimine principum*, uno pertenece a *Egidio Romano* y el otro nada menos que a *santo Tomás de Aquino*. Con tan valiosos predecesores, ¿quién podría contener el verdadero alud de libros de esta clase en latín y en romance que atascó las prensas durante los siglos XVI y XVII?

No jugaré la mala pasada de apabullar con un catálogo de estas obras, catálogo tan fácil de confeccionar como farragoso de recorrer.

Sólo me limitaré a citar algunos nombres, por otras razones descollantes, de escritores que se han ocupado de preceptiva gobernante. Sebastián Fox Morcillo, que debió ser preceptor de Carlos V, escribió *De regno et regis institutione*; Juan Ginés de Sepúlveda, en los ratos que le dejaron libre sus encendidas polémicas, compuso *De regno et regis officio*. Sigue la serie en que figura el padre Mariana y Antonio Pérez, el discutido secretario de Felipe II. Coronan la extensa lista la *Política de Dios* de Quevedo y las *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo.

Ya en el siglo XVI surge una variante formal (y también espiritual) de esta clase de libros. Los preceptos morales y políticos ya no se formulan como un desideratum, más o menos vislumbrado en la siempre parcial realización de los ejemplos históricos. Ahora se trata de un prolijo inventario de las virtudes de un príncipe determinado. Pueden citarse entre éstos el *Reloj de príncipes* de Antonio de Guevara, *Política y razón de estado de Fernando el Católico* de Diego Saavedra Fajardo y *El político Fernando* de Baltasar Gracián. Por supuesto que en estos libros la adulación solapada o desembozada hacia hombres o casas reinantes solía intervenir en no pequeñas dosis, tanto más sospechosas de sinceridad cuanto mayor sea la proximidad cronológica entre protagonista y autor. Gracián se respaldó contra una posible acusación de servilismo, al afirmar en uno de los primeros párrafos: "Protesto que no alienta mi pluma el Favonio de la lisonja, pues nunca ésta buscó tan remotos los asuntos".

Sin duda esta obra de Gracián tiene un significado especial, si parangonamos sus asertos y admoniciones con el panorama político de entonces. En el año 1605, año en que apareció el *Quijote* —la epopeya del encontronazo entre el ensueño y el mundo— vio también la luz quien andando el tiempo llegaría a ser Felipe IV. Buena falta hacía un heredero varón a aquel reino aún poderoso, pero en el cual se avizoraban síntomas de caducidad.

Hace ya siglos se trae al retortero eso de la decadencia española y los profetas del pretérito discurren distintas medidas para haberla evitado. Pero hay que preguntarse alguna vez si los protagonistas accidentales de aquella decadencia se hallaban en situación de advertirla. No hay que olvidar que Felipe II había exclamado, quizás para paliar su desfallecimiento, que seguramente "Dios haría triunfar su propia causa". Sus palabras, cargadas de prestigio, seguían vivas en las mentes de todos. Al alborocar el siglo XVII, a pesar del horizonte anubarrado



por varios flancos, las gentes confiaban en que Dios no podía abandonar así a su pueblo elegido. La derrota española a manos de las legiones del demonio, equivalía casi casi a una derrota de Dios. ¿Cómo iba Dios a permitirlo? Por eso los quebrantos militares y la creciente miseria que abarcaba a todas las clases sociales, eran mirados como fugaces períodos de prueba y las esperanzas reverdecían exuberantes de cualquier coyuntura.

¡Harto pesada carga la que el príncipe recibía sobre sus hombros! Nacía ya con la misión heredada de su pusilánime padre (que no tardaría en expulsar a los laboriosos moriscos) y que éste a su vez heredara del grande y porfiado Felipe II y éste del Emperador viajero y éste... Pero, ¿a qué seguir? Cargaba sobre sus hombros endebles la misión de desbrozar la cristiandad de herejías, engendradas por el orgullo satánico de erigirse en intérprete directo de Dios. No importaba que esa misión empobreciera la tierra y los hombres. Más excelso sería el triunfo cuanto más ingentes los sacrificios para lograrlo. Aquel niño, de constitución no muy recia, de rala pelambre y azorados ojos azules, podría quizás realizar el viejo anhelo dinástico y resarcir a España de algunas leves humillaciones, como el tratado de paz firmado poco hacía con la cismática Inglaterra. Ni los más descontentadizos y escépticos tenían por qué vislumbrar que los hombros del príncipe (y quizás también los de España) eran demasiado pequeños para cargar sobre sí tamaña misión.

Claro que al poner su causa en manos de Dios, los reyes tranquilizaban su conciencia y hasta cierto punto la eximían ilusoriamente de responsabilidad. Pero al mismo tiempo acechaba otro peligro. Los descalabros militares y la indigencia vergonzante iban minando la fe y con ello disgregando el único vínculo real y consistente que unía a los antiguos reinos bajo un común ideal. Las apariencias proclamaban lo contrario: nunca se había exhibido tanta devoción, nunca la Inquisición se había mostrado más fuerte; pero en realidad la profunda fe de otrora presentaba ya algunas brechas de duda y remordimiento.

Los encargados de la educación del príncipe echaron en saco roto los abundantes tratados de pedagogía regia existentes a la sazón. Su madre murió cuando él era aún un niño y su padre se encerró cada vez más en esa piedad surcada de temores que solía acometer a tantos españoles de la época ante la proximidad del más allá.

El futuro rey se evadió hacia sus propias fantasías. ¿Por ventura

le quedaba expedito otro camino? Así empezó a mostrar desde niño su marcada afición a las representaciones teatrales que lo acompañará toda su vida. ¿Cómo no ver en esa persistente predilección, sólo amainada por rachas de contrición violentas, un afán de evadirse, de traspasar constantemente los linderos que separan la realidad de la ficción? Cuentan sus cronistas que ya de pequeño solía representar en palacio ante el regocijo general. Seguramente algunos adustos eclesiásticos, que aún sobrevivían en la corte, fruncían el entrecejo ante estas expansiones. Por sus mentes pasarían los anatemas contra el teatro lanzados por san Jerónimo, por san Agustín, por san Ambrosio y en especial por Tertuliano que lo había llamado "diaboli ecclesiam impuditiæ privatum consistorium".

Pocas decadencias han tenido el honor de ser ilustradas tan conspicuamente como lo fue ésta. Sus fautores fueron ensalzados por Calderón, motejados diversamente por Quevedo, pintados por Velázquez. A través de sus telas puede recorrerse todo aquel proceso de descomposición inexorable y casi biológico. En el Prado hay un lienzo que representa a Felipe hacia 1623, es decir, apenas salido de la adolescencia en tantos aspectos precoz. Es un muchachito rubio, de tez sonrosada y labios carnosos y que, sin embargo, no respira salud. Hay algo inquietante en su frente dilatada por prematura calvicie, en sus párpados levemente entornados, en la afectada rigidez de su expresión. En otro retrato suyo que se halla en Londres ya lo vemos distinto. Los grandes mostachos no parecen corresponderle del todo, como si fueran un mero aditamento usado en alguna mascarada palaciega. Tras su altiva tesitura se trasluce una insatisfacción profunda. Su expresión se torna aun más dolorida en el retrato existente en Viena. Ya aquí Velázquez no ha podido tapujar el arco azulino bajo sus ojos cansados, que creen haberlo visto todo. Y esto no logra disimularse ni en los cuadros ecuestres, a pesar de su magnífico movimiento y la reciedumbre de los troncos caracoleantes.

Hay también una figura insistentemente pintada por el yerno de Pacheco, que concita nuestra atención. Es un hombre fornido, de mirada enérgica y sombría, de boca fruncida, cuello de toro y tórax espacioso. De toda su figura emana una fuerte voluntad de poder. Todo en él anuncia el hombre hecho para dominar, para imponer sus designios o sucumbir en la empresa. No necesitamos nombrarlo:

estamos ante don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, el

hombre que polarizó todas las esperanzas, todos los recelos, todas las diatribas de España y de Europa. No fue un ambicioso vulgar como Lerma o su hijo Uceda, pero no por eso las consecuencias de su política autocrática fueron menos nefastas. Si hubiéramos de buscarle semejanzas históricas en su propio suelo, acudiría a nuestra mente don Álvaro de Luna, el valido de Juan II de Castilla, el ávido condestable que después de ser dueño y señor de la voluntad real, murió degollado en la plaza de Valladolid.

No incurramos en la cómoda ingenuidad de achacarle al conde-duque todas las culpas. A los gobiernos contemporáneos podemos endilgarles aquello de "piove, governo ladro", pero con la historia tenemos que ser más serios. El mal venía de antiguo. Toda su poderosa energía no podía sacar de su letargo a una nación entera que consideraba el trabajo como desdoro desde los tiempos del hidalgo de *El Lazarillo de Tormes*. Todas sus premáticas suntuarias (algunas viciadas con el pecado original del ridículo) mal serían capaces de desterrar hábitos inveterados y predilecciones crónicas por todo lo que fuera aparatosidad y boato.

Felipe IV, aunque quizás de buena índole en el fondo y no carente de ingenio como se ve en su traducción de *Guicciardini* y en su epistolario con *María de Agreda*, era un epicúreo hastiado, un acucioso cazador de sensaciones. "Es grande la fuerza del deleite, grande la violencia del vicio y aunque sea un príncipe le contrástan las delicias y vienen poco a poco a enviciarlo y a perderlo". Por eso amaba tanto el teatro y le dispensó siempre su protección. Como el decoro real le impedía asistir (al menos públicamente) al Corral de la Pacheca y al Teatro de la Cruz, las compañías acudían al propio palacio a mostrar su arte ante el rey y la reina, pues Isabel de Borbón no era menos aficionada a los "histriones" que su regio esposo. En los escenarios encontraba Felipe los escasos momentos de solaz de su vida y de allí también escogía las madres de sus numerosos bastardos. Allí conoció a la famosa Calderona que alimentó durante algún tiempo la crónica escandalosa de los pasillos y mentideros. El mismo impulso lo hacía asistir asiduamente a las fiestas del Buen Retiro (recién construido sin escatimar gastos) y a las ceremonias religiosas cuya frecuencia y fausto esfumaban su sentido y a los Autos de fe en la Plaza Mayor, celebrados con toda pompa. Ya no se quemaban tantos herejes; pero nunca faltaba alguna hechicera o algún alumbrado que

el Santo Oficio entregaba al brazo seglar después de rogar a Dios por la salvación de su alma.

Las obras políticas de ese tiempo traslucen este estado de cosas. *La Política de Dios y gobierno de Cristo* merece que hagamos un alto para considerarla, siquiera brevemente. Hoy nos resulta extraño que este libro, proscrito junto con su autor por el duque de Lerma, haya podido ver nuevamente la luz y circular profusamente bajo la prianza de Olivares. Quevedo se aparta de las normas imperantes en esta índole de obras. Toma como módulo inspirador de buena y sana política nada menos que a los *Evangelios* y lo hace con toda seriedad y respeto. Transcribe un fragmento evangélico en latín y luego infiere su aplicación al difícil arte de gobernar. Más adelante, en su *Vida de Marco Bruto*, Quevedo intentará sin éxito constreñir su pasión en la aparentemente inofensiva actitud de glosador de Plutarco.

La obra fue muy controvertida, tanto por hombres de gobierno, que se veían allí desenfadadamente puestos en la picota, como por clérigos que juzgaban las inferencias de Quevedo un sí es no es irreverentes. Si el propio Cristo había declarado que "su reino no era de este mundo", ¿cómo este excéntrico osaba establecer afinidades peligrosas y chocantes?

A Felipe IV y a Olivares debieron escocerles más de un pasaje y quizás sólo la suprema autoridad del modelo detuvo la mano autoritaria en el momento de caer sobre el pobre autor que tanta experiencia y tanta amargura extrajo de su trato con los poderosos. Recordemos algunas de sus frases que por momentos alcanzan la solidez granítica de aforismos:

Dice en el capítulo IX: "Advierta Vuestra Majestad que el primer consejero que hubo en el mundo fue Satanás vestido de serpiente" y más adelante en el mismo capítulo: "El mal ministro acredita los delitos y disculpa a los malhechores; el bueno escarmienta y enfrena las demasías". En el capítulo siguiente afirma: "Rey que duerme y se echa a dormir descuidado con los que le asisten, es sueño tan malo que la muerte no le quiere por hermano... Reinar es velar. Quien duerme no reina. Rey que cierra los ojos, da la guardia de sus ovejas a los lobos; el ministro que guarda el sueño a su rey, le entierra y no le sirve; le infama, no le descansa; guárdale el sueño, y piérdele la conciencia y la honra... De modorras y letargos de príncipes adormecidos adolecieron muchas repúblicas y monarquías". En el capítulo

XVI: "El rey es persona pública; su corona son las necesidades de su reino: el reinar no es entretenimiento, sino tarea (¿Qué dirían a esto los asistentes a los saraos regios del Buen Retiro?). Mal rey el que goza de sus estados y bueno el que los sirve". En el XXI: "¡Qué pocos ministros saben hacer desdenes al oro y a la plata y a las joyas! ¡Qué pocos hay esquivos a la dádiva! ¡Qué pocas dádivas hay que sepan volver por donde vienen!"

Gracián escogió a su compatriota Fernando el Católico como personificación de las virtudes de un gobernante. ¿Qué criterio pudo haber presidido esta elección? "Fue Fernando de la heroica prosapia de los reyes de Aragón, que fue siempre fecunda madre de héroes". Ya apuntamos lo desacertado de esta elección.

Fernando el Católico distó mucho de ser un dechado de gobernante. Hasta historiadores tan dispuestos hacia la pareja del *Tanto monta*, como Walsch por ejemplo, señalaron lunares en su vida privada y su actuación pública. Sin duda, a lo largo de toda la obra de Gracián, asoma reiteradamente su afán por exaltar hombres y cosas de su tierra aragonesa. En este caso particular, no debe olvidarse que esta obra—como las anteriores— salieron con el patrocinio de su mecenas Llastanosa, también muy sensible a esos patrióticos empeños. Conviene recordar de paso que Fernando ya fue mencionado en el primer I de *El Héroe*.

En su tratamiento del Rey Católico, se detiene Gracián en el justo medio entre el arquetipo y el hombre. Si por un lado afirma que será "éste crisis de muchos reyes que no panegírico de uno solo", por otro se pone en guardia contra el ejemplo de Jenofonte, historiador de Ciro, que se remontó tanto "que se perdió de crédito, pues creyó la posteridad que había escrito no lo que había sido Ciro, sino lo que debía ser un perfecto monarca". Si en ocasiones parece perder de vista a su modelo en el inventario de las virtudes, a la postre siempre descuella Fernando con luz propia entre la jactanciosa faramalla de citas históricas.

El desarrollo de *El político* no sigue un plan coherente. Un rasgo común a esta clase de obras era su escaso bagaje teórico o especulativo atinente a la ciencia o al arte de la política. En realidad, estos libros didácticopolíticos se reducían casi exclusivamente a normas empíricas, ilustradas o corroboradas con ejemplos históricos, por cierto nada difíciles de allegar. Eso es precisamente lo que los aparta de la

tradición clásica grecolatina, rediviva en el Renacimiento, y los empalma más bien con viejas corrientes medievales nutridas en hontanares arábigos o hindúes.

Veamos a continuación algunas de las ideas contenidas en *El político*. Después de expresar los propósitos de su obra, sostiene Gracián que a Fernando lo adornan las prendas de los fundadores de imperios. Por supuesto que las circunstancias históricas propicias las suscitan o robustecen. Con este motivo, su pensamiento se extravía por una maraña tal de ejemplos, que parece deslizarse por la pendiente de lo fortuito hacia inexorables fatalismos. Pero la reacción llega en el momento preciso. Fernando cimienta su grandeza en haber sabido ensamblar regiones y "naciones" opuestas por su índole y configuración. De todos modos, la denominación "favores del celestial destino" lo pone en paz consigo mismo y con los demás. Cuando aparece la Providencia, huyen despavoridos la Casualidad, el determinismo y otras sabandijas heréticas.

Los párrafos dedicados a la educación del príncipe compensan generosamente con enjundia su brevedad. Crióse Fernando lejos de ociosidades y deleites. "Las luminarias de su nacimiento fueron rayos de las lombardas". Supo desde niño las asperezas de la vida militar, las angustias del asedio, las zozobras del riesgo y la sobria satisfacción de las victorias esforzadas. Además, cada cosa a su tiempo. Ni prematuros ceños en la mocedad, ni jactancias de bravura en la madurez. De joven desfogó su ardor en la milicia para llegar luego sereno y aplacado a los linderos de la política.

Así fue aprendiendo a ser rey. Napoleón habló una vez de fundar una escuela de reyes. Dos siglos antes, Gracián había afirmado que todas las actividades humanas debían tener "sus tiempos de aprendices". El oficio de rey, menos que ninguno, toleraba las improvisaciones bisoñas, y requería madurez y experiencia.

Todo coadyuvó a que Fernando fuese un gran rey desde sus comienzos. Un inicio feliz suele vaticinar una brillante posteridad. La superación de obstáculos liminares brinda por lo general un sendero ancho y libre hacia ambiciosas metas.

No llegó Fernando al trono con veleidades iconoclastas, con ímpetus de acometividad contra el pasado inmediato. Muchos cifran su excelencia en sistemática oposición contra todo lo que les ha precedido inmediatamente. Como en el arte de gobernar la originalidad es muy

limitada, dirigen sus esfuerzos a desenterrar viejas prácticas. Si esta tendencia se ejerciera sólo contra lo nocivo y vicioso sería ponderable; pero, ¿cómo podría discriminar con acierto un espíritu imbuido de desenfrenado afán de innovar por el mero placer de hacerlo? “Aprobarlo todo —dice Gracián— suele ser ignorancia, reprobalo todo, malicia”.

Además no debe olvidarse que “rey” y “reino” son entidades inseparables. Nada más desdichado que la disparidad o desproporción entre pueblo y monarca. Suele ser tan aciaga como los matrimonios mal avenidos. Afortunadamente, Fernando fue digno de la monarquía con que se “desposó”. Para Gracián un rey “se desposa” con su monarquía. (¿De dónde habrá tomado el jesuita esta metáfora conyugal? ¿Acaso de los tratados místicos cuyo redañó íntimo le estuvo siempre vedado?) La “esposa” de Fernando, la monarquía aragonesa —donde cada rey aventajó gradualmente a su antecesor— supo ser digna de él. No obstante, procurará dilatarla, pues le resultará menguado marco a su capacidad de gobernante, llamada a mayores empresas. Gracián desde su punto de vista, que por momentos se nos antoja estrechamente regional, no parece comprender del todo el fenómeno histórico de la unidad española. O tal vez sea un ejemplo vivo de los regionalismos con sabor feudal que siempre consideraron aquella reunión algo forzado y adventicio.

Supo Fernando aunar en su persona las virtudes propias de un monarca, sin extremos y desvíos. Y obsérvese cómo reaparece aquí el moralista cauteloso de *El héroe*. Hay virtudes propias de reyes y otras que, sin mengua de su condición de tales, no les convienen. Así, por ejemplo, un rey no tiene por qué ser un santo ni un sabio. Seguramente no pensaba aquí Gracián en Salomón ni en Fernando III, porque en seguida menciona a Ramiro de Aragón o a Enrique de Portugal que “fueron más para el coro que para el trono”. No se olvida tampoco del rey Alfonso el Sabio que “presumió corregir la máquina del universo, el que estuvo a pique de perder su reino”, juicio sin duda urdido sobre la lapidaria sentencia del Padre Mariana. Para el sentido práctico y realista de Gracián, los estrados reales no pueden confundirse con la celda de un monje, ni con el gabinete de un estudioso. El rey cabal ha de ser religioso y defensor de la fe de sus súbditos, pero *ne quid nimis*, sin caer en perjudiciales demasías. El rey ha de poseer las virtudes de su condición de tal (“prendas reales ha de po-

ser el rey"). Si las posee con creces, sus allegados (y hasta la posteridad) sabrán disimular sus vicios de hombre.

Universal empleo el de rey. Así no será sólo temerario batallador, como cualquier capitán, ni tampoco tan prudente que raye en pusilánime. "Un príncipe abarca muchas eminencias". Además, una monarquía no vive aislada en cerril independencia, sino que forma parte de un concierto de naciones. Y así el príncipe ha de ajustar su conducta a la de sus vecinos o rivales y no discordar con el espíritu de su época. Ya se juzgará su conducta por sus resultados. Y en esta última afirmación no desmiente Gracián su inveterado pragmatismo. También en esto se halla Fernando en el medio, junto a la verdad. No dejó nunca enmohecer las armas, ni tuvo reparos en recurrir a la astucia cuando fue menester. Supo ser, según los casos, sagaz estratega a distancia o conductor en persona cuando se requirió su presencia.

Así reinó Fernando durante cuarenta años. Gracián parece subestimar el papel de Isabel, aunque la elogia especialmente y la incluye en el retablo de las "varoniles hembras". Tampoco se extiende demasiado sobre sus colaboradores, quizás por no prestarse a ello la índole del libro. Se refiere, eso sí, al acierto que debe presidir la elección de los ministros, pues éstos pueden llevar a un rey a las cumbres de la excelencia o a los abismos de la degradación. Pero Fernando supo soslayar todos estos peligros, porque "solía examinarse de rey", empresa nada fácil que requiere decisión y valor para desgarrar los velos tendidos por la egolatría y la adulación.

¿Se advierten en *El político* alusiones más o menos veladas a personas o situaciones contemporáneas de Gracián? Él era hombre de su tiempo, vivía zambullido en su propia época, que supo interpretar como literato, juzgar severamente como moralista y bosquejarle soluciones como teorizador de moral política. Sin duda leyó algunas de las obras que he mencionado al principio y no pudo pasar por alto las antinomias entre los preceptos y sus realizaciones en la política imperante. En las tertulias aragonesas con pretensiones académicas donde se gestó *El político*, debían ser frecuentes las referencias a la política oficial, cuyas nefastas consécuencias repercutían particularmente en Aragón y en la vecina Cataluña. ¡Lástima que Gracián con toda su "agudeza y arte de ingenio" no haya podido trascargar a su obra las inevitables



frasecillas irónicas o amargas cuyo retorcimiento intencional avivaba el fulgor de las pupilas o esbozaba sonrisas cómplices!

Conviene recordar en primer término que en el curso de la obra se prodigan los elogios sin tasa de rigor a los principales personajes de aquella jornada del drama español. En una sola mención laudatoria abarca al rey y a su omnipotente valido Olivares: "El gran Felipe IV de las Españas, porque lo es en todo ha tenido un ministro, digo un archiministro, el excelentísimo señor don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, eminente en todo, ministro grande del monarca grande, verdaderamente gigante de cien brazos, de cien entendimientos, de cien prudencias. Que sin duda previno el cielo para los mayores de esta católica monarquía los mayores hombres". (Imposible no ver en estas últimas palabras un reconocimiento de la grave situación y una esperanza). La hipérbole de los elogios anteriores insinúa dudas sobre su sinceridad. En esto pocos escritores podrían arrojarle a Gracián la primera piedra. De todos modos, posteriormente su juicio sobre el conde-duque parece haber sufrido algunas enmiendas. En *El criticón* hay dos alusiones significativas: "En aquel arruinado alcázar no vive sino que acaba el godo Rodrigo, desde cuyo tiempo quedaron los condes fatales para España". Sin duda alude al conde-duque. Más adelante insiste: "Y es de notar —ponderó Critilo— que ese Guzmán el Bueno fue en tiempos de don Sancho el Cuarto", como diciendo que los Guzmanes modernos distaban mucho de merecer tal dictamen. Por supuesto, que estas ingeniosidades aparecieron en *El criticón* cuando ya Olivares había perdido el favor real. Pero supongo que antes fueron dichas por Gracián en las tertulias de Lastanosa o de Nocera. Hay además constantes referencias ditirámicas a la casa de Austria que rematan en el príncipe Baltasar Carlos, el hijo de Felipe IV, cuya prematura muerte agostó tantas esperanzas, quizás infundadas. Fuera de estas loas exageradas y en el mejor de los casos superfluas, no comparto la opinión casi unánime, perezosamente sostenida por investigadores modernos como Coster, que el resto del libro no contiene más que un hatajo de lugares comunes sobre política y moral. Nada de eso. Unos cuantos problemas cruciales son planteados con toda la crudeza que permitía el tiempo: vale decir embozados en abstracciones y esfumados en citas históricas. Ya vimos cómo Quevedo en sus ataques al privado despótico utilizó nada menos que a los *Evangelios* como adarga y en el *Marco Bruto* a Plutarco.

A Gracián, sin duda, lo mismo que a Ortega y Gasset, le "dolía" España, le dolía la inoperancia y corrupción de los funcionarios, le dolía la separación exacerbada de las provincias (quizás allí haya que buscarse el motivo de la elección de Fernando el unificador, como arquetipo de príncipes), le dolía la política que arrastraba como un lastre nefasto objetivos que impedían su adaptación a la realidad del momento y le dolía finalmente la apatía y desidia que sólo parecía salir de su letargo ante el boato que tapujaba la cangrena invasora; le dolía contemplar a los hidalgos famélicos entre sus ejecutorias, a los pobres orgullosos del lujo desplegado en las procesiones y fiestas reales, a los beatos que pecaban y a los viciosos que se daban golpes en el pecho. Era difícil encontrar un personaje auténtico, alguien fiel a sí mismo. Todos parecían muñecos de alegoría, como los que se verán en *El criticón*.

Pero, ¿qué podía hacer él a todo esto? Él no figuró jamás en los círculos áulicos —como Antonio Pérez o Saavedra Fajardo— ni estuvo allegado a grandes personajes de la política —como Quevedo—. En las tertulias académicas provincianas era seguramente justipreciada su inteligencia y saboreada su galanura en el decir. Pero es posible que fuera considerado, aun por sus admiradores, como un curita peligroso y desconcertante, de cuyas genialidades no había que hacer demasiado caso. Alguna vez me he preguntado, si para el pobre Gracián, que nunca fue confesor de personajes, ni preceptor de príncipes, no serían estas obras que se llamaban *El héroe*, *El político*, algo así como un desquite y una compensación.

A Gracián le dolían los regionalismos, le dolían quizás como un remordimiento, por no lograr verse libre de ellos. Cuando aparece *El político* la guerra de Cataluña ya había entrado en su faz inicial. En su propio Aragón los pronósticos no podían ser muy alentadores. Sus coterráneos estaban hartos ante los reiterados esquilmos de la monarquía central a fin de mantener un poco más en alto el nombre español en tierras ajenas. Y, entre tanto, tras los Pirineos, Richelieu se restregaba las manos de satisfacción al ver acercarse su viejo sueño de ver a un Borbón en el trono de España. Ante esas empresas que sólo halagaban el amor propio, Gracián no podía menos que recordar que "ahorraba el sagacísimo Fernando de vanos inútiles empeños, que no son de provecho sino de tema (locura), sepultura de vasallos y tesoros". Bien sabía él como aragonés que no era fácil empresa la unidad

española. "Hay también grandes distancias de fundar un reino especial y homogéneo dentro de una provincia, a componer un imperio universal de diversas provincias y naciones". A continuación puntualiza el factor geográfico, que solía pasarse por alto en los tratados de política. "Los mismos mares, los montes y los ríos le son a Francia término natural y muralla para su conservación. Pero en la monarquía de España, donde las provincias son muchas, las naciones diferentes, las lenguas varias, las inclinaciones opuestas, los climas encontrados, así como es menester gran capacidad para conservar, así mucha para unir". Después de meditar este punto el reproche de Fray Ducastillo nos resulta pueril. Gracián no tomó a Fernando, a pesar de vanidades regionales patentes al principio, como un rey histórico, sino como un símbolo de la unidad española, esa unidad cuyas resquebrajaduras no podían escaparse al menos avisado. Por esa misma razón elogia al pasar al Santo Oficio, por ser un elemento unificador de la fe, lo único que podía dar cohesión a tantas discrepancias.

Otra preocupación era la lejanía que iba acentuándose entre el monarca y sus súbditos. Era una lejanía total que abarcaba desde los intereses inmediatos hasta los móviles que podían incitar a una acción reparadora. Así, por ejemplo, en la guerra de Cataluña, la presencia del rey se tornaba imprescindible. Era lo único que podía conjurar la inopia y el desfallecimiento. Señala Gracián las ventajas de la presencia real en el frente, aunque no echa en saco roto sus riesgos: "Todos los hazañosos príncipes y que obraron cosas grandes asistieron en persona las empresas. . . . Todos los príncipes héroes, los que hicieron cosas hazañosas acaudillaron personalmente sus ejércitos". Felipe IV siguió este consejo, pero quizás tardó demasiado. Sólo mucho después, cuando lo abatieron varias desgracias familiares y logró desasirse de Olivares, realizó ese deseo y consiguió mejorar, aunque sólo transitoriamente, la suerte de sus tropas.

Otro atisbo sorprendente de Gracián es su advertencia y diagnóstico de la decadencia española. Para él la decadencia de los Imperios tiene mucho de biológica, vale decir que puede aplicársele el cotejo con la vejez o caducidad de los humanos —comparación grata a pensador tan vitalista (en el buen sentido) como Gracián—.

Sin duda no estaba sólo haciendo referencias generales cuando escribía: "Suma infelicidad de un príncipe llegar a la monarquía ya postrada, caído el valor, válida la ociosidad, desterrada la virtud,

entronizado el vicio, las fuerzas apuradas, la reputación fallida, la dicha alterada, todo envejecido y como casa vieja, amenazando por instancias la total ruina". Creo que estamos ante una de las síntesis más precisas y valerosas de la situación de la época. Todos los aspectos están apuntados por índice implacable: la pesada herencia, el desgaste, la infelicidad, la decrepitud, "todo envejecido y como casa vieja".

Pero no todo serán lamentaciones y remedios. No escapa sin duda a la sagacidad de Gracián que el crecimiento, plenitud y decadencia de los pueblos suele deberse a una conjuración de factores aleatorios que no siempre dependen de los hombres, de su energía o buenos propósitos. Gracián recuerda por momentos su condición de verdadero creyente y quizás se pregunta como su coterráneo el poeta Argensola: "Ciego, ¿es acaso la tierra el centro de las almas?" Entonces piensa con un dejo de melancolía, que al ir sumándose a otros estímulos, sumirá su alma en ese pesimismo temperamental que con el tiempo se hará total y sistemático: "Es la Providencia suma autora de los Imperios, que no la ciega y vulgar Fortuna, ella los forma y los deshace, los levanta y los humilla por sus secretos y altísimos fines".

DELFÍN LEOCADIO GARASA

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 19 de junio de 1958.

# La idea de la palabra en el "Cancionero" de Unamuno \*

por ENRIQUE PEZZONI

## II

La constante meditación sobre la palabra, sobre sus posibilidades y su naturaleza es una de las preocupaciones que más afianza la unicidad de ese vasto poema que es el *Cancionero* de Unamuno. Hemos visto<sup>1</sup> cómo va formulándose en él una concepción en que la palabra adquiere una trascendencia que rebasa infinitamente el quehacer literario y cómo se estructura así una poética en que lo fundamental no es tan sólo el ajuste perfecto entre expresión y sentimiento. Poetizar se vuelve una forma de creación que convierte el ineludible requisito verbal en un poder mediante el cual el poeta, su único administrador, incorpora nuevas formas a la realidad con sólo nombrarlas. En la palabra a tal punto exaltada el poeta ve, además, la mejor garantía contra esa certeza suya de finitud siempre en pugna con su "hambre de inmortalidad": poetizar es para el poeta una manera de reingresar en la realidad, en un plano donde no rige la inexorable ley del tiempo. Sin embargo, en ese baluarte apasionado y lúcido la razón encuentra resquicios por los cuales se desliza fácilmente. De pronto el poeta descubre que no es con ese frágil barro como podrá oponer un dique al empuje del tiempo, y retrocede estremecido ante un subterfugio que llegó a considerar como una forma irreductible de perduración. Lo importante es señalar aquí que esas actitudes tan opues-

\* La primera parte de esta clase ha sido publicada en el N° 282 de *Cursos y Conferencias*.

<sup>1</sup> Véase el N° 282 de *Cursos y Conferencias*, págs. 181-199.

tas no se dan sucesivamente. Por el contrario, el poeta fluctúa sin cesar entre una y otra, y hasta podríamos decir que ambas son simultáneas. Motivos de claridad nos han hecho exponer tal vacilación como un extraño proceso en que coinciden desenlace y origen. Quizá esto nos explique, de paso, la curiosa violencia con que hemos visto reaccionar alguna vez a Unamuno ante la acusación de "paradójico". No admitirá que lo es cuando barrunte el riesgo de que se consideren últimas y autónomas esas actitudes suyas tan reñidas, cuando lo significativo es el admitirlas juntas. Por lo demás, fuera de este contexto Unamuno condenará explícitamente todo pensamiento que no avance corrigiéndose. La urgencia de llegar a una conclusión inamovible sólo es admisible en el ámbito del sentido común, indiferente a la precisión científica y enderezado a las necesidades prácticas de la vida. Pero el pensamiento filosófico se desmiente a sí mismo cuando no recela de sus propios hallazgos y no se desmiente una y otra vez. "El sentido común tiene, sin duda, su campo, que no es precisamente el filosófico; pero la paradoja tiene también el suyo. Y si aquél es lo colectivo, lo común, éste es o empieza por ser lo individual, lo propio. La paradoja es el más genuino producto del sentido propio. Y es, por tanto, el más eficaz elemento del progreso, ya que por lo individual se progresa... La historia toda del pensamiento humano podría reducirse al conflicto y juego mutuo entre el sentido común y el propio, entre la perogrullada y la paradoja, entre el instinto práctico y la razón especulativa"<sup>2</sup>. Cuando acaba ese juego, el pensamiento arrellanado en el sentido común se estanca y se pudre. "Para nosotros, idiota es el que no discurre más que con lugares comunes, el que no hace sino repetir las frases tradicionales... el hombre sensato, en fin, el que odia las paradojas"<sup>3</sup>.

Lo cierto es que el impulso de busca se ha vuelto movimiento de huida. El poeta no quiere ser ya "creador-criatura" y ante su libro, que habría de perpetuarlo, se pregunta ahora: "¿Seré lo que pasó?" No hay respuesta para ese enigma de la desaparición total, como tampoco la hay para el misterio de la condición presente:

<sup>2</sup> "Un filósofo del sentido común", *Obras completas* de Miguel de Unamuno, tomo III, pág. 1189, Madrid, 1950.

<sup>3</sup> "El peor comunismo", *ibid.*, tomo V, pág. 926.

*¿Y hoy? hoy... yo... ayer... el otro...  
 ¡me me voy...! se me fue... se ha ido...  
 siempre así... ¿para qué metáforas?  
 ¿no lo soy yo? ¡quién sé...! perdido...  
 Llueve como llovía; lluvia  
 que ya llovió... ¿por qué, Dios mío?  
 ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? dar vueltas  
 no es volver... es... lo consabido.*

(667)

Con la misma perplejidad el poeta asiste a su vivir y al fluir del tiempo, que es arrebató, pérdida de posibilidades de vida, de "ex-futuros".

*¿Cuál la raíz de la acedia,  
 cáncer de la soledad?  
 La más profunda tragedia;  
 la de la ex-futuridad.*

(561)

Vivir es ir en pos del "yo que se me muere / desde el día en que nací". Buena parte del *Cancionero* narra el desgarramiento del yo presente que, al dejar de serlo, atestigua su propia muerte. La existencia es la lucha por ser, o más bien por renacer cada vez. Toda vida que aspire al reposo, que subsista sin pasar, tendrá una permanencia de piedra. "Una vida sin muerte alguna en ella, sin deshacimiento, no sería más que perpetua muerte, reposo de piedra", dice Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*; y en el *Cancionero*:

*Se les ha acabado el tiempo,  
 se les escapa la muerte.  
 No viven, duran; infierno;  
 es sólo piedra su mente.*

También la conclusión de que "es mejor vivir en dolor que dejar de ser en paz" encuentra su expresión poética en el *Cancionero*, como paralelo entre la rueda de cuchillos y navajas que atormentó a Catalina de Alejandría y la rueda del tiempo, con las muertes sucesivas que nos laceran:

*¡Ay tu rueda, Catalina,  
 ay tu rueda!*

*ay del sino que camina,*

no se queda.  
 Son sus dientes los cuchillos  
 en su mano;  
 sobre la era los trillos  
 para el grano;  
 ay Catalina, el tormento  
 del reló;  
 apenas nació el momento  
 ya murió...

(216)

La vida auténtica, dice una y otra vez Unamuno, no puede ser sino congoja, doloroso empeño:

*¿Pesimismo? gracias a él vivo;  
 si va bien, ¿para qué vivir?  
 ¿para regalarme pasivo?  
 ¡existir no! ¡sino insistir!  
 y si el mal no halla remedio,  
 mejor que mejor, maldecir;  
 que sólo así se cura el tedio;  
 es una bajeza morir...*

La bajeza de morir es la del hombre que hurta el cuerpo al problema de su perduración y en vez de rehacerse de continuo bajo la amenaza de la muerte definitiva, aspira a la permanencia estática y aparential de las cosas. Pero sólo vive lo que queda pasando...

*En el río se mira la montaña  
 sintiéndose vivir,  
 en las aguas su espíritu se baña  
 sintiéndose sentir.  
 Lo que queda se mire en lo que huye,  
 el alma que se va;  
 vive y siente tan sólo lo que fluye,  
 lo que no volverá.*

(273)

La verdadera vida es recreación continua, renacimiento después de cada muerte. Buena parte del *Cancionero* narra el mutuo apoyo que se dan vida y muerte:



*Misterio eterno del tiempo,  
 ¿volverá a ser lo que fue?  
 Re-muérese el Occidente,  
 ¿es que fue lo que ha de ser?  
 Renaciendo está el Oriente,  
 ¿no es morir el renacer?  
 El mediodía durando  
 va mientras el sol le dé.  
 Misterio eterno del tiempo...  
 Nace, dura, muere, vive,  
 y el hombre sueña que es;  
 no es ni está, sino que pasa,  
 orto y ocaso a la vez.*

(141)

Verbos significativos: el hombre no *es* esencia previa a su continuo hacerse; no *está* inerte y pasivo como las cosas, que necesitan nuestra corroboración de su presencia: *pasa, sueña* que es. El sueño no es, desde luego, un refugio donde el tiempo pierde su atormentadora urgencia. Julián Marías precisa el sentido en que, para Unamuno, la vida es sueño: no “por oposición a la vigilia, sino algo del tipo de la realidad del sueño, que no es *cosa* sino algo que se hace, algo temporal, que deja de ser a medida que se va haciendo”. Vivir los sueños no es adormecer la vigilia, suplantarla por un simulacro en que la perduración no sería ya una angustia sino un vacío. Ésta es la solución del hombre trivial o, como lo llama reiteradamente Unamuno, del hombre “crepuscular”, el que reduce su vida a la derrota descrita en la copla tantas veces citada por Unamuno:

*Cada vez que considero  
 que me tengo que morir,  
 tiendo la capa en el suelo  
 y no me hartó de dormir.*

En suma, soñar no es rehuir el esfuerzo de hacerse, sino aceptarlo plenamente. La vida “crepuscular” se hunde en el fango de la costumbre, empieza así “a no ser” y se diluye en el negro dormir.

*No te duermas en la suerte*

*si al dormir no has de soñar.*

*mejor velar en la muerte  
soñando resucitar.*

(1068)

Más le valiera no haber nacido, sentencia Unamuno en el *Cancionero*, a quien se ahorra la pasión de hacerse y prefiere regresar a la nada de donde salió:

*Hubo tal soñador que en el abismo  
despertó del haber;  
debió no haber nacido —era lo mismo—  
si no soñar deber.  
¿Quién nos trajo el haber de tanto engaño?  
¿Con que es de todopoderío escaño  
el debido vivir?  
Si te devora el hambre de existencia,  
suénala y ten paciencia.*

(1406)

Tal insistencia nos hace preguntarnos si Unamuno, que se identificaba primero con su obra para trascender del tiempo y la muerte, no habrá encontrado ahora otra huida en la contingencia misma de su existir. "Tu vida es ante tu propia conciencia la revelación continua, en el tiempo, de tu eternidad, el desarrollo de tu símbolo; vas descubriéndote, conforme obras. Avanza, pues, en las honduras de tu espíritu..." La muerte hace posible la renovación y así revela al espíritu la permanencia del existir. Es la "fe viva y robusta / de que la vida vive de la muerte", como ya había dicho en el poema *Al sueño*. ¿Será ésta la última etapa de su busca? Hemos visto que lo característico de Unamuno es recelar de cada solución vislumbrada. Soñar es para emerger en las aguas de la eternidad, pero la certeza de que sobrevendrá una muerte última después de la cual no habrá ya recreación posible está demasiado cerca para que la ignoremos. Esa muerte es el despertar a la nada. El poeta retrocede al fin ante el sueño con temor parecido al que le suscitaba su identificación con el libro. Hace falta otra cosa, algo que persuada al hombre de que su vivir soñado no es una mentira, como la existencia de un personaje ficticio que aun rebelándose vive según el capricho de su autor. ¿Mentira? Pero, ¿no se borran acaso las fronteras entre la realidad y la ficción, no puede ésta desentenderse de aquélla e instaurar sus propias

leyes, su propio *tempo* vital? Bienvenido, pues, el capricho de un autor cuya "mentira" se independiza, cuyo personaje es a tal punto autónomo que lo enfrenta y se le opone. Así surge la imagen del eternizador. En ningún instante se nos oculta que este recurso también es irreal, como producto genuino de nuestra irrealidad, y que su vigencia será el triunfo de una nueva lucha.

Para que Dios *nos exista*, dirá Unamuno, haciendo transitivo el más intransitivo de los verbos, habrá que sacarlo de la nada y recordar el "hágase" bíblico:

*En nombre del santo nombre  
proclamaré Dios a Dios;  
luego, en nombre de los dos  
he de firmarlo: yo, el hombre.*

(1087)

Y aun más explícitamente:

*Si aciertas a Dios a darle  
su nombre propio, le harás  
Dios de veras, y al crearle  
tú mismo te crearás.*

(394)

Toda vez que acuda a Dios para confirmar su realidad, el poeta sabrá que no se dirige sino a su propia creación, a la obra de su mágica palabra:

*En el nombre de Dios clemente y recio  
descanse mi corazón;  
en Dios mismo, sin nombre, piensa el necio  
apoyar su razón.  
Para el Hombre Dios es Nombre,  
Nombre es Dios;  
hombres y dioses los dos.*

(970)

Dios necesita del auxilio del poeta para ser, es su padre y a la vez su hijo:

*Tú te conoces en mí,  
me conozco en Ti, Señor;  
desde que en Ti renací,  
renacimiento es amor.*

*Hombre, mi nonada vi,  
me veo, Dios, mi esplendor;  
desde que te conocí,  
conocimiento es amor.*

(493)

Avidez ontológica se ha vuelto amor al Dios creado. La intensidad de ese amor hace que el mutuo auxilio que Dios y hombre se prestan no sea un mero ilusionarse. "Danos, Señor, acucia tormentosa / de quererte", clama el hombre en *El Cristo de Velázquez*. "Oye mi ruego tú, Dios que no existes, / y en tu nada recoge estas mis quejas", suplica el ateo en el soneto famoso. Así, el vivir de este Dios deseado y negado, inventado y aniquilado, es, como el vivir humano, un "luchar por ser", un recobrase continuo a la muerte. Fe y razón se lo disputan sin que el hombre acalle nunca sus voces, ya que el silencio sería un nuevo precipitarse a la perplejidad y la angustia. El triunfo de cualquier contendiente también sería aquí el reposo letal de quien se ha vuelto de espaldas a lo problemático de la existencia. "No es necesidad racional, sino angustia vital, lo que nos lleva a creer en Dios. Y creer en Dios es ante todo y sobre todo, he de repetirlo, sentir hambre de Dios, hambre de divinidad, sentir su ausencia y vacío, querer que Dios exista". La lucha entre la fe y la razón transcurre largamente en el *Cancionero*. Unas veces, aparece la condena de quienes niegan la fe o se niegan a ella:

*¿De qué viene, desdichados,  
la rabia contra el consuelo?  
¿Por qué, los ojos cerrados,  
habéis de escupir al cielo?  
¿Que no es verdad? Dios lo sabe  
si es que se sabe a sí mismo...  
tengamos ojos abiertos,  
al engaño de la lumbre...  
goce, pues, fe quien la tiene,  
con el goce del avaro...*

(647)

Otras veces el *Cancionero* nos narra el combate en la intimidad del alma, durante esos tensos diálogos del hombre consigo mismo. "Monodiálogos" los llamó Unamuno:

—¿Crees en Dios? — Y por tu parte,  
 ¿crees en los que creen en Él?  
 —Vivo de fe... — Y de engañarte;  
 no es fe de oro, es de papel.  
 —A fe mía, no te entiendo;  
 habla claro al corazón.  
 —Échale a tu fe un remiendo,  
 que se te agranda el jirón.

(1097)

—Cree tú por mí que no creo — y en ti viviré, si vivo  
 después de vivir... —¡Espera! —Sí, con el alma en un hilo  
 de la Virgen, y en el cielo — la guadaña del destino...  
 —Espera... —¿Hasta cuándo, dime? —Espera, espera te digo...  
 —¿Y tú crees? —¿Me lo preguntas? —Me lo pregunto a mí mismo...  
 .....  
 Cúname..., haz que me duerma... —¿Y después? —Cortado el hilo?  
 ¿Qué más da? —Espera... espera... —¡Esperando habré vivido!

Dios es, pues, un invento de la fe que la razón desmiente. Pero,  
 ¿cuál es el recurso que la fe ha escogido para su creación? Si aciertas  
 a Dios a darle / su nombre propio; le harás / Dios de veras al crear-  
 le... Un largo rodeo nos ha vuelto al punto de arranque. La pa-  
 labra ha sido capaz otra vez de producir una realidad inédita, ex-  
 clusiva. Por eso vibra con tal intensidad en todo el *Cancionero* el  
 vocativo que saca a Dios de la nada: *Tú, el gran tú que nos hiciste*.  
 Y en el *tuismo* se demuestra la omnipotencia de la palabra poética:

*Tú, el prójimo, el próximo, mi más cercano, Tú, El  
 más cerca de mí que yo mismo, Tú que estás dándome ser,  
 Tú que existes, yo no existo, Tú que ves esta Babel  
 en que tantos gritamos sin lograrnos entender,  
 Tú que eres Tú, al que se quiere... Tú, El  
 danos amor, que es tuismo, yo no soy sino tu ser.*

En su función creadora la palabra se ensancha, parece estallar  
 para definir el más alto comportamiento del hombre, que es tener fe,  
 proyectar a Dios desde el deseo y crearse en él:

*Padre, con este tuteo  
 de intimidad entrañable*

*en Ti me endioso, me creo,  
se hace mañana mi tarde.  
En Ti, Padre, yo me veo,  
Tú te ves en mí, mi Padre;  
tuteo se hace yomeo  
y somos uno en la sangre.  
Tú me creas, yo te creo,  
y en este diálogo que arde,  
tumeo se hace yoteo  
y las palabras gigantes.*

(19)

Extraño poema, más que halago para el oído, jadeo del hurgar obstinado en la palabra que se abrirá para mostrar su poderoso secreto. ¿Qué hay al cabo de toda esta busca? Una vibración en el aire, un destello fugaz, pero luz deslumbrante:

*forjada a incendios de soles  
fría palabra..., diamante.*

ENRIQUE PEZZONI

# La novela en la literatura alemana moderna

por GUNTHER BALLIN

*El poeta comprende  
todo lo incomprensible: . . .  
Sabe que los senderos  
son todos imposibles,  
y por eso de noche  
va por ellos en calma.*

F. GARCÍA LORCA

## I. LOS HISTORIADORES

Et que toutes choses au monde lui soient vaines,  
c'est ce qu'un soir, au bord du monde, nous contèrent  
Les milices du vent dans les sables d'exil. . .

*Saint-John Perse*

Muchos críticos dentro y fuera de Alemania sostienen que la literatura alemana actual atraviesa una época de bajo nivel hasta tal grado que algunos niegan directamente la existencia de una literatura alemana moderna, y explican lo poco importante que existe como ecos de la gran literatura del siglo XIX sin derecho de erigirse en algo realmente característico que pueda denominarse "actual" o "moderno".

El hecho de que hayamos elegido para este cursillo no menos de quince nombres de autores que, en su mayoría, son internacionalmente reconocidos y algunos premio Nóbel, parece rebatir tal teoría, máxime cuando se reconoce que nuestra selección es bastante arbitraria y que aun faltan nombres de autores realmente grandes e importantes, en todos los géneros de la literatura. Parece existir, al contrario, una

superabundancia de escritores y de libros en los que es difícil distinguir entre grano y paja, para citar un proverbio alemán muy frecuente.

Es de temer, sin embargo, que aquellos críticos no acusen sin ciertos fundamentos. Vista la literatura alemana actual *sub specie aeternitatis* y a base de cierta experiencia, hay que preguntarse qué quedará de todo eso para el futuro y en qué medida tal literatura expresa algo típico de nuestra época; es decir, hasta qué grado merezca el epíteto de "moderna" sin seguir meramente las huellas de una literatura ya existente desde hace décadas. Hemos visto y observado cómo poetas muy celebrados en su época han desaparecido de la conciencia del público, sin dejar rastros y convirtiéndose, a poco tiempo de su desaparición física, en materia de estudios por parte de los expertos pero ya sin vida espiritual propia ni consecuencias visibles para el hombre común. Podemos dar como ejemplo el caso de Paul Heyse (1830-1914), primer premio Nóbel de la literatura alemana, en su tiempo venerado como pocos y a quien grandes críticos designaron, sin más ni más, sucesor de Goethe y reencarnación de todo lo bello y clásico de la literatura alemana. Nadie debe preocuparse si nunca ha oído el nombre de ese gran poeta, pues estoy completamente seguro de que tampoco muchos alemanes se acuerdan de él, y aun más reducido será el círculo de personas que hayan leído algo de su inmensa obra. ¿No observamos, acaso, que grandes autores pierden día a día lectores y con ello significado o repercusión? Puede ser que las obras de algunos lleguen con cierta tardanza al extranjero, porque no se han hecho antes traducciones, y por ello un autor alemán parece más vivo en la Argentina que en la misma Alemania; pero no hay duda para mí (y subrayo lo subjetivo de tal opinión) de que de toda nuestra actual literatura será muy poco lo que quede en el recuerdo de futuras generaciones. Los cambios de civilización y culturales de nuestra época son tan enormes que una cosa nueva muy pronto se ve eclipsada por algo más reciente, que cae en el olvido antes de haber llegado a la cumbre. La Europa de la primera guerra mundial, la de Hitler y Mussolini, la de la segunda guerra mundial y la de la "guerra fría", semidestruida y sacudida hasta sus raíces más profundas, es tan diferente de la Europa de antes de 1914 (año en que, espiritualmente, termina el siglo XIX) que podemos admirar la belleza y fuerza expresiva de un autor de aquella época; pero tales maestros sólo en contados casos nos pueden decir algo sobre nuestra propia situación en un mundo



que aprovechamos técnicamente más que nunca, pero que no comprendemos ya muy bien, porque deberíamos disponer de conocimientos especializados que muy pocos poseen.

Bajo la designación de "moderno", como lo ha definido Baudelaire, comprendemos la palabra, la forma, la expresión en color, línea o sonido de lo que nos conmueve a nosotros y a nuestra época. Al vivir en un mundo que aprovechamos técnicamente sin conocer bien sus bases, ni en lo filosófico ni en lo espiritual ni en lo síquico, se nos hace sumamente difícil formular en literatura testimonios incorruptibles y objetivos de nuestra vida diaria y dejar explicadas a la posteridad las inquietudes, conquistas y derrotas de nuestra generación ya que "los senderos son todos imposibles...".

En el desarrollo de este cursillo tendré oportunidad de profundizar un poco más al respecto al tratar a ciertos escritores. Mas creo haber llegado a un punto donde se impone fácilmente la observación de que nuestro tiempo se familiariza muy estrechamente con la novela histórica y la biografía novelada. No sólo el escritor prefiere muchas veces ese género de literatura sino que el lector mismo lo requiere.

Desde el punto de vista del lector, tal preferencia es relativamente fácil de explicar. Se relaciona con unas palabras del burgués en la escena "Ante la Puerta de la Ciudad" del *Fausto* de Goethe (en la traducción de Augusto Bunge):

*Nada me gusta más en los feriados  
que conversar de guerras y combates,  
en tanto que allá lejos, en Turquía,  
los pueblos se pelean como orates.  
Sorbiéndose un vasito enfrente de la ventana  
mira uno deslizarse los buques río abajo,  
y vuelve tarde a casa un poco alegre  
bendiciendo la paz que bendice el trabajo.  
Eso, señor vecino, también conmigo reza.  
Pueden romperse la cabeza  
y hacer del mundo un revoltijo,  
con tal de que en mi casa todo siga bien fijo.*

En tales palabras tenemos una explicación psicológica del interés del hombre común en la novela histórica. Es una especie de consuelo de que no sólo nuestro tiempo tiene problemas y parece un revoltijo,

sino que no hubo época alguna sin sus propios problemas. Es el consuelo de la propia miseria con la del vecino. Es la desviación del problema personal hacia otros que quedan tan distantes, en tiempo y lugar, que podemos disfrutar de ellos para olvidar lo que nos pasa a nosotros mismos.

Además, es para mucha gente frustrada un medio agradable de pulir su cultura personal, de renovar y aumentar conocimientos, de darse barniz de entendido, hasta tal punto que se comentó: un hombre de real cultura es aquel que sabía, antes de la aparición de la novela *Moulin Rouge* de Pierre La Mure, de la existencia de cierto pintor no tan malo llamado Toulouse-Lautrec... Sobre libros de esa clase se hacen muchas veces películas interesantes y muy comentadas, y queda bien haberlos leído. Y hay que agregar que tales libros son a menudo realmente atrayentes, escritos en forma clara, sencilla, dramática, con conocimiento de lo real y lo psicológico. Estamos muy lejos de condenar un libro sólo porque es un *best-seller*; entre los muchos que pronto se olvidan y que tienen éxito momentáneo y sensacional, hay algunos que vale la pena releer después de cierto tiempo para asegurarse de que su éxito queda bien fundado por méritos propios<sup>1</sup>. Tales obras no piden al lector grandes conocimientos previos y lo instruyen y entretienen en forma amena; el éxito de esa clase de literatura es así bien explicable.

El libro histórico de antaño, el de Alejandro Dumas padre, por ejemplo, era completamente otra cosa y no hay que confundirlo con el de ahora. En aquel caso la historia, entretrejida en la trama, era sólo un momento dramático más, un marco suntuoso y de efecto para las intrigas amorosas y palaciegas, y el autor aprovechaba hábilmente la curiosidad del pequeño burgués respecto de la vida íntima de los grandes de la tierra. La correspondencia actual de tal actitud está en los "relatos auténticos" e "informaciones objetivas" sobre príncipes y princesas de las revistas donde "se revelan" los resortes y verdaderos alcances de la política cortesana, vista a través de una cortina indiscretamente levantada por alguien que vislumbra una atracción para el lector y buenos honorarios para sí. No se trata de interés histórico verdadero sino sólo de pretextos periodísticos. Mas en la novela histó-

<sup>1</sup> Un *best-seller* fue en la Alemania de entonces, por ejemplo, el *Babbalanza* de Sinclair Lewis, y nadie dudará de la calidad de ese libro.

rica de ahora hay escritores que rayan a gran altura; alejados del sentido sensacionalista se esfuerzan por dar explicaciones e interpretaciones tanto históricas como psicológicas, y hay pocos escritores, por lo menos en la literatura alemana, que no hayan hecho escapadas hacia tal campo literario. Recordemos a Stefan Zweig y sus ensayos sobre figuras de la historia, a Emil Ludwig y sus biografías poéticas (de las cuales por lo menos algunas son realmente buenas), y a Thomas Mann quien, en su *Carlota en Weimar* y hasta en el *Doctor Fausto*, adopta en cierto modo un disfraz histórico (Mann dijo una vez que él estimaba a *Carlota* su mejor obra, criterio que no compartimos), y en seguida nos daremos cuenta de que no es nada despreciable o fútil lo que se desarrolla en ese campo de la literatura tan frecuentado en nuestros tiempos. Y si no bastaran los nombres de los autores mencionados, he aquí tres escritores verdaderamente grandes e importantes para demostrar que la literatura ha invadido la historia y se ha creado de tal modo una literatura si no nueva, por lo menos renovada, que tiene su derecho de existir y de llamar nuestra atención.

Se trata (los nombro por riguroso orden cronológico) de Lion Feuchtwanger, actualmente de 74 años y que vive en California, de Erich María Remarque que hace poco cumplió 60 años, ciudadano norteamericano con residencia en Suiza, y de Hermann Kesten, de 58 años, con sede en Roma o Nueva York.

Parece raro que tres escritores alemanes<sup>2</sup> vivan tan distanciados del país de su origen idiomático. Nos hallamos ante la consecuencia de acontecimientos políticos y de la política nacionalsocialista de Hitler que no podemos dejar de mencionar aquí, porque los tres escritores tienen mucho que ver con esto, tanto en su vida personal como en su obra literaria. Al ascender Hitler al poder en 1933, la mayoría de los eminentes espíritus del arte abandonaron Alemania en busca de regiones más liberales y tolerantes. De los tres nombrados, sólo Feuchtwanger es judío. Remarque había provocado muy temprano la ira y el odio de los extremistas de derecha por su valiente defensa de la paz y de los derechos del hombre, y Kesten se hallaba bien a la izquierda de los partidos políticos. De tal modo, tenemos aquí tres grandes

---

<sup>2</sup> Remarque escribió algunos de sus manuscritos, originalmente, en inglés, por lo menos mientras vivía en los Estados Unidos de Norteamérica.

escritores alemanes que tienen poco o nada que ver con la Alemania de hoy.

Hemos analizado someramente el interés que el lector común pueda encontrar en novelas históricas. Pero, ¿qué interés puede tener el escritor en componerlas? Dejemos a un lado el punto de vista económico, el hecho de que muchos autores escriban sus libros en vista de una posible película que se pueda rodar con el tema de su obra; los precios de los libros son altos, el círculo de compradores reducido, y si no logran entradas en otra forma, los libros que escriben raras veces compensan el esfuerzo o permiten al autor vivir económicamente tranquilo. Pero tales consideraciones, tan humanas y comprensibles como sean, no nos interesan donde se trata de literatura propiamente dicha. También queremos omitir el punto de vista de la imitación que incita a un escritor a escribir "algo parecido" de lo que actualmente tiene gran éxito publicitario. Nadie puede impedir al autor analizar el éxito de un libro para ver si puede crear algo por el mismo estilo, esperando poder repetir el éxito, en provecho de su fama y de su bolsillo. Pero en Feuchtwanger, Remarque y Kesten tenemos tres espíritus independientes que no son movidos por impulsos mezquinos, sino que nos traen cada uno una especie de mensaje. Sus temas, su forma de escribir, su estilo corresponden, sin duda alguna, a una necesidad íntima y personal, alejada de reflexiones de índole práctica.

Hemos llamado a los tres "historiadores", pero debemos subrayar que no es la historia en sí lo que les interesa. Cuando Feuchtwanger escribe uno de sus primeros libros sobre la duquesa Margarita de Tirol, esa dama fea pero de rara inteligencia, no lo lleva ningún interés histórico, ya que para el lector normal hasta la existencia de esa princesa era desconocida. Más aún, podemos dudar si el calificativo de "históricas" está bien aplicado a las obras de Feuchtwanger, dado que él se ocupa frecuentemente de temas de actualidad, como en su importante trilogía *Sala de espera* que se compone de las novelas *Éxito*, *Los hermanos Oppenheimer* y *Exilio*. Remarque no ha escrito, virtualmente, otra cosa que pura actualidad casi en el mismo instante en que acontece. Kesten, por ejemplo en su novela *El Justo*, describe la historia de dos padres a los que se les plantean conflictos trágicos con los propios hijos, por los acontecimientos políticos del año 1933; libro que no apareció ahora, a la distancia de un cuarto de siglo,

sino en inmediata vecindad de los acontecimientos descritos, en el año 1934; en su novela *El charlatán*, escrita en 1932, describe el ambiente berlinés de aquel mismo año. Vale decir que los tres no se quedan en la historia ya petrificada o por lo menos fijada en innumerables documentos, sino que son, en parte o totalmente, testigos directos de problemas y cuestiones sumamente candentes.

He aquí, en mi concepto, la diferencia del escritor que escribe historia por sensación, con miras al éxito de taquilla, y aquellos que pertenecen a la literatura: Feuchtwanger, Remarque y Kesten, paradigmas de muchos más, interpretan la historia como la política de ayer, y ven en la política de hoy la historia de mañana. Por eso no escriben, en último término, historia sino política, a veces política actual, pero muchas veces política de ayer que ya se convirtió en historia, para advertirnos e iluminarnos sobre nuestros propios y actuales problemas. Su interés en temas históricos no es el del investigador que trata de desarrollar su tema en forma objetiva para comprobar lo que ha pasado, sino que quieren descubrir las pasiones humanas, las corrientes subterráneas, las fuentes ocultas que impulsan a los personajes de sus libros a actuar, como enseñanza moral (y no histórica) nuestra. Los héroes de sus libros son figuras de hoy, vestidos a la moda de la época en que se desarrollan los acontecimientos descritos; y en Feuchtwanger tenemos la semejanza con tiempos actuales expresada formalmente en el hecho de que se evita cuidadosamente cualquier arcaísmo y se elige la forma moderna del diálogo donde todos se hablan de "usted", y con títulos modernos; reina en sus libros el estilo preciso y dramático del siglo XX. Con ese "truco", Feuchtwanger sopla el polvo de los figurines que durante tanto tiempo se ofrecían como espectáculo multicolor, pero muerto en el escaparate de la historia, y que nadie más que el erudito osaba tocar, porque cualquier escritor debía temer caerse en el vacío, al tomar tales figuras como héroes de sus libros. Feuchtwanger sopla, y bajo el disfraz del renacimiento o del rococó descubrimos asombrados al hombre ya no parecido a su creador sino a nosotros, al hombre eternamente idéntico a nosotros; nos descubrimos, sencillamente, a nosotros mismos.

Feuchtwanger invierte el procedimiento de los clásicos franceses: ellos querían representar a griegos antiguos, pero bajo su vestimenta helénica descubrimos, y no como mérito, la peluca y el terciopelo del francés del siglo XVIII. Feuchtwanger también pone a sus figuras

vestidos de otros tiempos y épocas; pero no para disimular que son realmente representantes —y representantes auténticos— de una era ya desaparecida, sino que él mismo nos lleva a descubrir bajo la máscara al hombre eternamente igual, que tiene los mismos problemas que tenemos hoy, y no deja duda de que no le importa tanto la descripción de Roma en los tiempos de Flavio Vespasiano, sino el hecho de que la actuación humana, grandiosa y baja, ambiciosa y resignada, obedece, hoy como siempre, a los mismos motivos: amor, odio, intriga, bajos instintos y grandeza.

¿Por qué, entonces, Feuchtwanger se toma la molestia de aplicar tan costosos disfraces y no escribe directamente en el presente?

Creo que se trata de que el autor espera una mayor repercusión al desarrollar su intriga en un ambiente histórico. Descubre una leyenda ya hecha. No necesita imaginar personajes y conflictos que encontraríamos tal vez artificiales y rebuscados, pues nada hay tan novelesco como la vida. Pero también quiere demostrar, sin duda alguna, para nuestro consuelo, que la historia no se interrumpe nunca ni produce nada que no tenga profundas raíces y hondos motivos en el pasado. No se puede separar una gota de agua de la otra, al mirar un río, y menos un personaje de hoy de los personajes que han vivido hace ya mucho tiempo y que son antepasados espirituales hasta del que se siente muy original y novedoso. Al describir anécdotas de la historia, Feuchtwanger contribuye, a su manera, a la interpretación de nuestro propio tiempo, y en esto consiste su interés en el tema histórico.

En las novelas de Feuchtwanger, el individuo se encuentra en pugna con un poder material que al mismo tiempo representa para él un complejo o una inhibición. El *Dios de barro* (1911), su primera novela, hoy virtualmente olvidada, trata del artista en lucha con su propio talento; *El judío Süß*, libro que alcanzó ediciones realmente fabulosas, muestra el combate del hombre ambicioso contra sus pasiones en medio de un ambiente hostil; la historia de la duquesa fea simboliza la superación del complejo de fealdad por la despierta inteligencia y cierta belleza síquica que se manifiesta, no sin contratiempos, ya que la humillación de lo feo por lo bello es, de vez en cuando, más fuerte que la voluntad de ignorarlo. Se podría seguir enumerando la larga lista de las obras de aquel autor que, en este sentido, aun se basa en el siglo XIX; pues el problema literario de aquel siglo

es, precisamente, la lucha del individuo contra el ambiente adverso (Ibsen, Dostoiewski), mientras la literatura actual se ocupa menos de tales conflictos individuales o hasta sociológicos para dedicarse más a las cuestiones de la existencia misma, con cierta tendencia a superar los problemas individuales o ambientales.

Feuchtwanger es, ante todo, dramaturgo. No sólo ha escrito varias obras para el teatro, sino que su modo de componer novelas es eminentemente dramático. Su arte consiste, esencialmente, en la estructuración de su trama. Introduce muchas personas en sus novelas sin que el lector nunca se confunda, y los diferentes capítulos de sus libros parecen actos y escenas de una obra teatral. Precisamente su siempre despierto sentido del drama le hace intuir en anécdotas históricas largamente olvidadas materia de imaginación y de posibilidades de expresar su mensaje.

No es agresivo ni polémico. Deja lugar a la interpretación. Tanto es así que su libro sobre *El judío Süß* sirvió a un director nazi de películas para realizar una cinta de corte extremadamente antisemita sin necesidad de cambiar muchos detalles, sólo con acentuar algunos y disminuir otros rasgos típicos del libro; es cierto que la película no interpreta las intenciones del autor judío, pero tampoco se puede hablar de una falsificación material; aún hoy se discute hasta en círculos israelitas si la obra favorece o afea el judaísmo. Tal duda es consecuencia del afán de Feuchtwanger hacia la objetividad, hacia el realismo que no quiere tomar partido, pero que tampoco permite prejuicios arraigados. Quizá el tono a veces demasiado familiar moleste algo al lector acostumbrado a ver a los actores de la historia mundial sobre un pedestal marmóreo y frío; el Benjamín Franklin sentado en su bañera y rascándose suavemente el cráneo calvo, parece un dibujo algo irrespetuoso, como si no existiese ninguna diferencia entre él y el lector. Pero Feuchtwanger no reconoce tales diferencias, y libera intencionalmente el lado humano muchas veces olvidado de los grandes personajes, no para disminuir su grandeza, sino para estimularnos; pues el hombre verdaderamente grande no teme la intimidad, y sólo el artífice hueco y vano de la propia vida no admite miradas indiscretas, para mantener su posición semidivina. Goethe, al pedir a su mujer que le mande algo bueno para comer porque donde se halla no hay una comida decente, nos es tan valioso como Goethe autor del *Fausto*; y el San Martín de Boulogne-sur-Mer, luchando con pro-

blemas económicos está, tal vez, más cerca de nuestro corazón que el Libertador ornado de condecoraciones. Feuchtwanger convierte una pieza de museo que no se debe tocar ni ver de cerca, en algo humano, parecido a nosotros, sin que la importancia histórica del héroe pierda por ello. Sería casi una ofensa subrayar que tal actitud de Feuchtwanger no tiene nada que ver con la de un Eróstrato ni con el deseo de achicar las medidas gigantescas hasta que coincidan con las nuestras.

Quiero mencionar especialmente su trilogía *Sala de espera*, por la intención con que Feuchtwanger la escribió. Quiere, según palabras del autor, describir objetivamente la irrupción de la barbarie entre 1914 y 1933, saliendo del sentido vital de la época misma. En el primer tomo describe en forma satírica la "prehistoria" y los comienzos de Hitler, en el segundo trata de la eliminación del "no ario" de la vida cultural, social y económica de Alemania después del año 1933, y, finalmente, narra en el tercer tomo la vida de los exilados.

Aquí su tema se toca con el de *Arco de Triunfo* de Remarque. Cualquiera que haya vivido en el exilio político tiende a describirlo, como para liberarse de su destino. Podríamos escribir toda una historia de la literatura mundial de los autores exilados, desde Dante (o si se quiere, desde Adán) hasta nuestros días. Todo el que haya conocido esa clase de vida en la tierra de nadie del tiempo, que haya subido, como el exilado Heine, las amargas escaleras del exilio, aquella mezcla de falta de dinero, de desconocimiento idiomático y de costumbres y tradiciones, aquella espera casi siempre inútil de un brusco cambio para volver, aunque nunca se encontrará lo que se haya perdido, esa clase de vida que aísla al individuo en medio de la muchedumbre más grande y le hace llevar una vida precaria de islero, sabe cuán diferente es visitar un país como turista o tener que trabajar bajo condiciones desfavorables. Se cuenta que Carlos V visitó una vez un monasterio bellamente situado en medio de lagos y bosques, y asomándose a una ventana, dijo al abad que le acompañaba: "¡Cuán bello es esto!" Y el monje contestó suspirando con una sola palabra: "Transeuntibus" —para los turistas...<sup>3</sup>

<sup>3</sup> También el autor de estas líneas se sintió tentado de formular literariamente su destino de exilado, en su novela (en alemán): *Entre el ayer y el mañana*, aparecida en la Editorial Cosmopolita, Buenos Aires, 1945, pero se ha dado cuenta de que, desgraciadamente, no es ningún Feuchtwanger ni ningún Remarque.



La gran diferencia de Feuchtwanger y Remarque consiste, en cierto modo, en su edad. Feuchtwanger, al estallar la primera guerra mundial, tiene 30 años bien cumplidos, una infancia segura, una adolescencia tranquila, una formación terminada. Remarque tiene 16 años; aún está en pleno desarrollo cuando se hace soldado a los 17. Ve y experimenta cosas que no son buenas de ver y experimentar por nadie, y menos por un adolescente de 17 años. Cinco veces es herido. Descubre a esa temprana edad el reverso de la medalla. A kilómetros del frente de batalla, en las ciudades y aldeas de donde salieron los jóvenes soldados, ardientes de patriotismo y borrachos de frases altisonantes, todo es victoria, banderas, discursos, días feriados. En el frente, el pavor sin adjetivo calificativo que valga. En Francia ha sido Barbusse quien primero descubrió literariamente la insensatez de tales procedimientos en su libro *El fuego*; en Inglaterra siguió el autor de *Journey's End*; ahora lo descubre Remarque, no el único, pero sí el que más sacude al público, en Alemania. Su decepción por la diferencia entre lo que se aprende en la escuela con bellas palabras como "guerra santa", "guerra defensiva", y la realidad, incita a Remarque a advertir a todo el mundo. Tan grande es el afán que llena al joven autor y maestro de escuela que crece más allá de sus posibilidades en sí modestas y escribe un libro tan sencillo y tan sincero, que se convierte inmediatamente en el libro de la guerra: *Sin novedad en el frente*. No está dramáticamente compuesto como los libros de Feuchtwanger, y sus diferentes capítulos no se asemejan a actos y escenas artísticamente entrelazadas. Es un relato sin adornos, un cuento casi cronológico, sin dramatismos y sin levantar siquiera la voz. Es impresionante por el sentido de veracidad que exhala. Hasta el no combatiente se da cuenta de que así debe haber sido aquella guerra, así y sólo así. El lector se convierte, sin advertirlo, en uno del pequeño grupo que la casualidad de la guerra ha formado, y siente en sus entrañas la misma sensación de ellos, una sensación de terror e indiferencia, de miedo y fatalismo frente a la muerte y la destrucción. Es un gran libro porque no pretende serlo; tal vez no una obra de arte, pero sí un testimonio de alto valor del cual generaciones posteriores podrán aprender algo de la última guerra que aún tuvo dos frentes, el frente directo del soldado combatiente y el frente "pasivo" del

*hinterland*<sup>4</sup>. Aún, y por última vez, era desconocido el concepto de la guerra total.

Nosotros que conocíamos a Remarque por cuestiones de trabajo, nos quedamos asombrados frente a ese libro. Tuvo una madurez y maestría que nunca hubiésemos sospechado en el autor. Sin embargo, no era nada más que un relato tranquilo de acontecimientos. La tendencia no formaba parte del libro; no se había escrito con miras al éxito político. Creo que Remarque mismo debe haber quedado sorprendido por la apasionada repercusión que su libro encontró en todos los círculos. Aunque quemado y prohibido durante los años del nazismo, alcanzó ediciones fabulosas. Sólo en alemán se vendieron en los primeros 18 meses más de 2 millones. Fritz Martini (*Deutsche Literaturgeschichte*, ed. 4ª, Stuttgart 1951, p. 544) dice: "Suscitó por años profundas discusiones en todo el mundo y causó controversias políticas interminables y numerosos escándalos al estrenarse la película homónima. Unos celebraban la obra como un libro de verdades incomparables e intergiversables y un monumento poético del soldado desconocido, otros lo rechazaban como descripción llena de odio y, por ello, unilateral de la destrucción de una generación por la guerra. A pesar de que Remarque dejó constancia de que su libro no quiso ser ni acusación ni confesión, resultó, con su lenguaje de jerga militar y sus descripciones recias y populares con que se describían la vida y la muerte de Pablo Bäumer, de 19 años, y de sus camaradas, una acusación consciente de la guerra". Los nazis quemaron el libro y su continuación *De regreso* y privaron al autor de la ciudadanía alemana, tratando de convertir al hijo de una buena familia católica en judío para demostrar, fehacientemente, su espíritu disgregador y negativo. Raras veces en la literatura moderna de todos los pueblos, un solo libro habrá tenido tantas consecuencias.

Creo que ese libro ha sido el destino de Remarque, en lo bueno y en lo malo. En lo bueno porque le dio fama y dinero y una repercusión mundial que muchos grandes autores no alcanzan en toda su vida, a pesar de una importante y copiosa producción literaria. En lo malo porque ese libro le obligó a caminar por un sendero para

---

<sup>4</sup> El autor de este artículo que tenía cinco años al estallar la primera guerra mundial y nueve a su término, se acuerda muy bien del hambre del invierno de 1917 y del orgullo patriótico por cada "victoria" conseguida.

siempre definido sin posibilidades de apartarse de él, así como se obliga a un actor de películas que ha tenido éxito en cierta clase de papeles, a representar siempre el mismo tipo de persona. En realidad, Remarque escribe continuamente el mismo libro en que el tema parece consecuencia de los anteriores, y así forma toda su obra, una serie de relatos actuales que avanzan únicamente en el tiempo, pero no en el desarrollo psicológico ni en la forma. No hay evolución en Remarque, y aunque nos guste más este o aquel libro, la diferencia entre ellos consiste, en el mejor de los casos, en la experiencia técnica adquirida o en que el tema nos atraiga de manera especial; fundamentalmente, lenguaje, estilo, problemática, tecnicismo son de nivel parejo. Desde la historia de los jóvenes en el frente, su regreso a la patria con las lógicas dificultades de reencontrar el camino hacia la vida civil, hasta la vida de los refugiados en las grandes capitales de Europa o las personas encerradas en un campo de concentración, la obra de Remarque es una crónica única de nuestra época, al mismo tiempo autobiográfica y de información periodística. En esto reside la grandeza y la limitación de la obra de Remarque. El que quiera saber, en generaciones futuras, algo de los hombres que hemos formado nuestra época, podrá informarse en muchos casos en los libros de Remarque; pero sospechamos que tales generaciones futuras no se interesarán mucho por los problemas de sus antepasados, pues tendrán tantas cuestiones propias que los nuestros les parecerán bastante insignificantes y no les dejarán tiempo de recordar mucho a los antepasados y sus puntos de vista<sup>5</sup>.

Por ello, personalmente, no creo en la supervivencia literaria de Remarque, a pesar de que es uno de los pocos escritores actuales que no han perdido de vista el bosque por mirar un árbol. Pues no sólo en la mitología Cronos devora a sus hijos. Lo mismo acontece en literatura donde lo actual de mañana devora lo bueno de hoy.

El menos conocido de los tres novelistas tratados hoy es, quizá, Hermann Kesten, que tiene rasgos de Feuchtwanger y de Remarque, si bien más del primero. Su comedia *Uno dice la verdad*, escrita en 1930, podría ser, con leve variante, el lema de todos sus libros: "Uno busca la verdad". Kesten es profundamente moralista y fanático bus-

cador de la verdad. Lógicamente, y por desgracia, la verdad tiene múltiples facetas. Recordamos el verso de Schiller:

*Verdad les digo, verdad, verdad por toda la vida.  
Es decir: mi verdad, pues otra me es desconocida.*

Es la verdad de Kesten lo que Kesten busca, y muchas veces el lector no coincidirá con él. Dista mucho de ser un historiador en sentido científico, sino que se convierte más bien en una especie de pintor que niega hasta cierto punto la existencia del color gris: lo que no es blanco, es negro; pero eso sí, no todo lo que no es negro, es blanco. Tal posición frente a los valores vitales se descubre especialmente en su trilogía española que empieza con *Fernando e Isabel*, libro altamente dramático y magistralmente desarrollado, sigue con la historia de Felipe II bajo el título *Yo el Rey* para terminar con la novela *Por la Corona* con el subtítulo "El moro de Castilla". Siempre ostenta Kesten preferencia por el tema español (que, por otra parte, también se encuentra en Feuchtwanger en su novela sobre Goya y otros)<sup>6</sup>. Lo que más preocupa a Kesten es el problema de la libertad. No interesa tanto ser libre de algo, sino qué uso se hace de la libertad ganada, tal como el sociólogo Martín Buber, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, lo ha explicado en forma insuperable. En una novela de 1929, pone como lema una palabra de Lenin donde se tilda a la libertad de prejuicio burgués. En la novela *Yo el Rey* trata el problema de las relaciones entre la libertad y la tiranía, tema eterno e internacionalmente actual. Ese libro lo compuso en 1938, cuando Kesten ya había abandonado el suelo alemán para fundar en Amsterdam una editorial para autores exilados. El año 1938 fue una época por demás crítica para el futuro desarrollo del mundo. En aquel año, el ingenuo canciller inglés, con su paraguas mundialmente famoso, voló a Munich para "salvar la paz" y caer en las redes de Hitler y sus secuaces. La desesperación del mundo libre fue grande: parecía abierto el camino de Hitler para tragar a los países democráticos vecinos a la Alemania hitlerista. De la desesperación de aquellos momentos nacieron las no-

<sup>6</sup> Los escritores alemanes de todos los tiempos han tenido gran interés por la historia española. No sólo los románticos que tradujeron a los clásicos españoles al alemán, por encontrar en ellos el respaldo de una posición fundamental y propia, sino se encuentran influencias españolas también en Goethe, Schiller, Kleist, Heine, etc.

velas de Kesten *Fernando e Isabel y Yo el Rey*. El paralelo entre aquel régimen opuesto a los judíos y moros y la actualidad era demasiado tentador para que Kesten pudiera prescindir del tema. Y, en efecto, leyendo el libro sobre Isabel la Católica, uno confunde fácilmente las épocas y cree leer una novela contemporánea. Los norteamericanos declararon aquel libro la mejor novela histórica del año, pero dudo que hayan comprendido en toda su profundidad la decepción y la congoja del autor, ya que tampoco interpretaron el verdadero significado de los acontecimientos europeos. Isabel condenó —ésta es la hipótesis de Kesten— a España a la ruina por la expulsión de los judíos y de los moros, elementos útiles y de gran valor cultural y espiritual durante toda la Edad Media. Poco después, ya bajo Felipe II, aparentemente aún en pleno poder y gobernando sobre un inmenso imperio, España empezó a desmembrarse para seguir por una pendiente económica, cuyas consecuencias sufre, probablemente, aún hoy. La independencia de los Países Bajos que tanto atrajo a Schiller, era una señal de alarma. Holanda es y ha sido un país sumamente pequeño, pero por la libertad de pensamiento que reina en él, obtuvo una magnitud e importancia mucho mayores de lo esperado. Desde Cartesio y Erasmo hasta los grandes pintores del barroco hay una línea cultural y espiritual siempre ascendente que encuentra también su expresión en los éxitos políticos coloniales del pequeño país que pronto se hizo rico. Tal importancia y tal riqueza han sido consecuencia inmediata de la libertad reinante, y la decadencia de España resultado directo de la restricción de la misma; era, pues, fácil sacar conclusiones respecto a Alemania después de 1933. Pero parece que pocos vieron el paralelismo entre la España de 1500 y la Alemania de 1935. La intención de Kesten de llamar la atención del mundo fracasó, en cierto modo. No creo que Kesten sienta hoy gran satisfacción al poder decirle al mundo que él lo había prevenido; no es del tipo de personas que sienten alegría frente al mal ajeno, especialmente porque tal mal no es, en último término, jamás ajeno, sino muy propio de todos nosotros, de tal suerte que hoy nos preocupa más que cualquier otra situación tirante del momento el hecho de que Europa fue sacrificada aparentemente en vano y que los grandes pueblos de la tierra no han aprendido nada. Por ello, la lección que Kesten nos da con sus libros no es efímera, sino tiene proyecciones duraderas que

no dejan envejecer sus libros, a pesar de los cambios en la situación internacional durante los últimos veinte años.

No diré que tal concepción de la historia sea muy objetiva. Repito que Kesten no nos enseña la verdad, sino su verdad. Pero, aceptando o no la enseñanza histórica y los paralelismos en nuestros tiempos, nadie dudará de la sinceridad del escritor y de su profundo amor hacia lo justo, lo verdadero y lo bello, como se presentan en su concepción del mundo.

La literatura moderna se destaca por el deseo de resumir y de reducir hasta lo estrictamente necesario. Es característico que el muy discutido Ezra Pound escriba poemas de dos o cuatro líneas, que haya poesías de García Lorca de sólo cuatro o cinco, o que Gottfried Benn titule uno de sus últimos libros *Destilaciones*. Jean Cocteau llama a la literatura moderna "arte para ingenieros" por el afán del artista moderno hacia lo meramente estructural. Tal vez por ello, por una influencia casi inconsciente de las ideas modernas en el arte, tratamos siempre de resumir hasta la fórmula más corta, si bien necesariamente algo superficial. Al realizar tal tarea frente a los escritores de que nos hemos ocupado aquí, se pueden resumir sus intenciones, impulsos y realizaciones más o menos en la siguiente forma:

Feuchtwanger es un titiritero que lleva a sus títeres con maestría y autoridad sin perder nunca una sonrisa amargo-irónica respecto de la importancia de lo que acontece en el escenario.

Remarque es un director de escena que se ve, casi a pesar suyo, envuelto en el espectáculo como un actor más, e intenta dirigir y actuar al mismo tiempo; y a veces está tan absorbido por el espectáculo que ya no sabe si es titiritero o títere.

Kesten (Thomas Mann escribió sobre él, en el prólogo de su libro *Los niños de Guernica*, de la época de la guerra civil en España, con profundidad y mucho mejor de lo que yo pueda hacerlo) es como un niño que ve al lobo en el bosque y toda la amenaza que significa, pero que cree firmemente que al final vencerá el cazador. Puede ser, opina Kesten, que los hombres sean malos en su mayoría, crueles y lobos, pero entre ellos debe haber algunos pocos buenos, y si Dios quiso perdonar a Sodoma por sólo cinco justos, el poeta debe perdonar al mundo "por la fragilidad de las instituciones humanas", como lo solicita Enrique von Kleist.

Feuchtwanger parece decir: Así es el mundo, ¿acaso te gusta?

Remarque observa: Así es el mundo, ¡fórmate tu propia opinión!

Kesten opina: Así es el mundo; es muy malo, lo reconozco. Pero si te molestaras en buscar, encontrarías aun entre la maleza flores, y tal vez más de las que creíste a primera vista.

Los tres son parecidos entre sí, en sus temas y a veces hasta en la forma de exponerlos. De tiempo en tiempo, leyendo un párrafo de Kesten, se podría creer que el autor no pueda ser otro que Feuchtwanger, si no fuera por un dejo de entusiasmo y pasión que se encuentra más a menudo en Kesten que en Feuchtwanger. Pero los tres ven la verdad a su manera. Y así reflejan algo del mundo que describen, del mundo donde el avión puede sembrar muerte y destrucción o trasportar un enfermo a un lugar donde se le puede salvar la vida. Es decir, que nada es bueno o malo en sí, sino que su bondad o maldad depende únicamente del uso que hagamos de las cosas. Nos preguntamos de vez en cuando qué uso haremos de los maravillosos e incomprensibles adelantos técnicos que caracterizan nuestra época, que se encuentran respecto a sus posibilidades tan sólo en sus comienzos. Y los tres nos contestan, imaginariamente:

Feuchtwanger diría: Nada bueno, pues así es el hombre, siempre ha sido así, y siempre será así, por los siglos de los siglos.

Remarque: No lo sé ni me importa; no me siento llamado a ser profeta, interpreto mi tarea como la del cronista.

Kesten: La experiencia nos enseña que no tenemos que esperar gran cosa de la humanidad que se deja engañar tan fácilmente; pero, por Dios y vuestra vida, por la vida de vuestros hijos y el futuro de toda la humanidad: no abandonéis la esperanza, nunca y bajo ninguna circunstancia; quizá, puede ser que un día...

GUNTHER BALLIN

*Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores el 25 de junio de 1958.*

## Notas

### CONCURSO LOSADA INTERNACIONAL DE NOVELAS

Un jurado formado por la escritora Beatriz Guido y los escritores Roberto F. Giusti, Atilio Dabini, Adolfo Bioy Casares y Marco Denevi, dio cima el 31 de octubre a la tarea de leer y juzgar las doscientas cuarenta novelas presentadas al concurso internacional de la Editorial Losada, cuyas bases publicamos en el número de marzo. Obtuvo el premio la novela titulada LA ILUMINADA, cuyo autor, abierto el sobre, resultó ser el escritor español Cecilio Benítez de Castro, residente en Buenos Aires. Votaron por LA ILUMINADA Beatriz Guido, Roberto F. Giusti, Adolfo Bioy Casares y Marco Denevi. Atilio Dabini votó por la titulada LA OTRA MEJILLA, del escritor argentino Mundin Schaffter, conocido en los ambientes cinematográficos por el seudónimo de Carlos Thompson.

El jurado dispuso asimismo, con asentimiento de la Editorial Losada, recomendar para su publicación, o por unanimidad o por mayoría de votos, las novelas siguientes: además de LA OTRA MEJILLA de Mundin Schaffter, DESNUDO EN PICADILLY, de Esteban Salazar Chapela, escritor español residente en Dublin; PUERTA DEL SOL, del escritor español Ricardo Bastid, residente en Buenos Aires; LAS AVENTURAS DE MORITZ SCHWARZ, de Mariano Mikats, escritor yugoslavo nacionalizado argentino; AL PIE DE LA CIUDAD, del escritor colombiano Manuel Mejía Vallejo; AQUÍ YACE, de Francisco Valle de Juan, escritor español residente en la Argentina; LA ESPINA, del escritor ecuatoriano Alejandro Carrión, y LOS DUEÑOS DE LA TIERRA, del escritor argentino David Viñas.

En la fiesta con que la Editorial Losada celebró el vigésimo aniversario de su fundación, después de escucharse los discursos de don Gonzalo Losada y otros caballeros, relativos a dicho acontecimiento, habló en nombre del jurado Roberto F. Giusti, quien definió el carácter de cada una de las novelas anteriormente nombradas, y cerró el acto el autor premiado, Cecilio Benítez de Castro.

Contemporáneamente con dicha celebración fueron expuestos, ya impresos en sólo un mes, cuatro de los libros elegidos: LA ILUMINADA,



AL PIE DE LA CIUDAD, LA OTRA MEJILLA y LOS DUEÑOS DE LA TIERRA. Promete la Editorial haber puesto en circulación antes del mes de mayo los otros cinco elegidos, esfuerzos editoriales uno y otro, que ciertamente merecen ser aplaudidos.

#### LAS DETENCIONES EN BARCELONA

*El Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires aprobó por unanimidad la siguiente declaración:*

“El Consejo Directivo señala a la consideración de todos los consejos que integran nuestra Universidad, y también a todos los de las Universidades hermanas de la Argentina y de América, el hecho consumado por el régimen franquista, que ordenó detener a varios catedráticos barceloneses y algunos estudiantes por haber censurado el totalitarismo imperante en España. Dicha orden trasgrede los más fundamentales derechos de la persona humana y vulnera el fuero docente. Basado en tales razones, el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires protesta públicamente ante este nuevo atentado contra la libertad de pensamiento, propio de los regímenes opresores de derecha e izquierda aún subsistentes en Europa y América”.

Se hallaban presentes todos los miembros del organismo, consejeros: Francisco Romero, Juan Mantovani, Ricardo R. Caillet-Bois, José María Monner Sans, Carlos Alberto Erro, Marcos A. Victoria, Alberto Freixas, Augusto Raúl Cortazar, Roberto César Calderón, Raquel B. de Crivelli, María Amelia Orlando, Enrique Ornague, Emilia Ferreiro, Miguel Murmis, Raquel Ferrario y María Teresa Calatroni, y el decano, profesor Marcos A. Morínigo.

## Vida del Colegio

El jueves 27 de noviembre, se realizó la décimoctava asamblea general ordinaria que aprobó la elección de los miembros del Consejo Directivo: titulares, para 1958-1960 y suplentes para 1958-1959, de acuerdo con lo dispuesto por el estatuto del Colegio. El Consejo quedó así formado: Margarita Argúas, José Babini, Roberto F. Giusti, Juan Mantovani, Luis Reissig, Juan Roberto Rojo, Francisco Romero, José Luis Romero, Juan S. Valmaggia (titulares). José González Galé, Nicolás Halperin, Lorenzo R. Parodi (suplentes). También fueron aprobados por la asamblea el balance, inventario y memoria correspondiente al ejercicio 1957-1958. Dice la Memoria:

La presente Memoria abarca las actividades del Colegio Libre de Estudios Superiores durante el período comprendido entre el 1° de octubre de 1957 y el 30 de setiembre del año corriente. Los Boletines distribuidos mensualmente por secretaría han informado a los señores socios sobre dichas actividades, consistentes en cursillos y conferencias sobre temas filosóficos, históricos, literarios, pedagógicos, artísticos y de divulgación científica. En general se dió una lección diaria.

Una actividad significativa ha puesto en marcha al Colegio este año bajo la advocación de su notable ex profesor, el investigador de nuestra lengua Amado Alonso muerto en Estados Unidos mientras profesaba en Harvard. Profesores de castellano y literatura quisieron reunirse en un trabajo de análisis de algunas obras fundamentales, del que surgirá la edición de textos comentados para la enseñanza media. El autor, su relación con las corrientes literarias de la época y con el movimiento histórico cultural, su valoración estética, los problemas de lengua que ofrezca, todo será estudiado y luego elaborado con el fin de presentar la obra elegida en forma clara y armónicamente adecuada a los intereses de los jóvenes estudiantes. Así crearán una biblioteca que oriente la enseñanza de la lengua y de la literatura en el ciclo medio los mismos profesores que conocen sus problemas y sienten la necesidad de mejorarlo. Para iniciar la tarea fueron elegidos Cervantes, Sarmiento, Lope, Martí, Azorín y Güiraldes. Dirigieron los grupos de seminario los profesores: Frida W. de Kurlat, Ana María Barrenechea, Marcos A. Morínigo, Julio Caillet-Bois, José F. Gatti y Guillermo Ara, respectivamente.

También trabaja en un seminario sobre el novelista inglés contemporáneo G. P. Snow un grupo de profesores de inglés dirigidos por Patrick O. Dudgeon y Rosa Rapaport de Genijovich.

El cursillo de "Introducción al arte hindú" dictado por Osvaldo Svanascini concluyó con una instructiva visita de los participantes a la exposición de arte tibetano organizada por la Sociedad Amigos del Arte Oriental en el Museo Nacional de Bellas Artes.

También fue una experiencia interesante la que realizaron tres científicos de nuestro Instituto Meteorológico Nacional: Dionisio Valenzuela, Santiago Carbone y Roberto P. S. Hernández al desarrollar con propósitos de divulgación para un auditorio de cultura media, temas de su especialidad :sismología, electricidad atmosférica y magnetismo terrestre. El profesor Hernández, además, explicó el significado del Año Geofísico Internacional.

Debemos considerar este resumen de actividades con la reflexión de que la obra cultural del Colegio, en lo que a clases y conferencias se refiere, se desarrolla paralelamente a la de muchas instituciones oficiales y privadas que atraen la atención de los auditorios bonaerenses.

Desde el punto de vista económico, si bien el Colegio ha reducido sus gastos administrativos, los crecientes costos de *Cursos y Conferencias* han arrojado en el ejercicio financiero al 30 de setiembre un déficit de \$ 19.717,10. El número de socios es 69 y el de amigos y suscriptores, en total 609.

Las dos filiales de Rosario y Bahía Blanca han desarrollado una labor interesante, que ha quedado registrada en las páginas de *Cursos y Conferencias*.

#### FILIAL DE ROSARIO

El 18 de noviembre cerró su ciclo de cursos y conferencias la Filial de Rosario con una disertación de Roberto F. Giusti sobre Ricardo Rojas. Por la noche una cena reunió a más de treinta de sus amigos. En ella dijo palabras de agradecimiento y esperanza la profesora María Aurelia Morello, que a mediados del año volvió a hacerse cargo de la secretaría por haberse ausentado a Europa la señora Josefina Perel de Selever.

El 23 se celebró la Asamblea General Ordinaria, en la que fueron aprobados la Memoria y Balance suscritos por María Aurelia Morello y el arquitecto Hilarión Hernández Larguía como tesorero. Extraçtamos los conceptos principales:

"Nuestros afanes —dice— fueron dirigidos a nuclear elementos especializados con la finalidad de constituir grupos representativos en determinadas ramas del conocimiento."

A continuación recuerda la Memoria el curso acerca de *Noticias de implantación de nuevos métodos en la enseñanza secundaria*, por María Hortensia P. de Lacau, luego complementado con *Ideas para una reforma de la escuela media*, por Gilda L. de Romero Brest, cuyos alcances se evidenciaron en cuanto a la profusión de pruebas expuestas y en las múltiples consultas evacuadas por las disertantes.

Además de un curso de nueve clases sobre *Estadística para maestros*, por el doctor José Coll, que atrajo a un alto número de interesados en estas prácticas indispensables ya en el manejo escolar, se realizó también en cinco sesiones de mesa redonda una amplia exposición acerca de *La investigación del rendimiento pedagógico*, trabajo experimental realizado en equipo por docentes del Círculo "A" de la Ter-

cera Sección Escolar, dirigidos por Rosa W. de Ziperovich, que permitió destacar la seriedad con que sus integrantes emprendieron esta tarea de investigación, cuyas conclusiones fueron ampliamente debatidas. Una ulterior propalación a través de la hora radiofónica de que dispone la Filial facilitó aun más la probable utilización de sus alcances.

El menor inadaptado con problemas de conducta en la ciudad de Rosario puso en evidencia aspectos desconocidos de este gravísimo problema, al presentar sus integrantes, juristas, médicos y asistentes sociales, Dra. Zulema Stafieri, Dr. José Araya, Dr. Juan Carlos Gardella, Dr. Ángel Invaldi, Sra. Ana S. de Mercau, señora Elba N. Deutscher y señorita Norma Ghioldi, las soluciones inmediatas que urge darse a través de organismos oficiales y sociales en general. Por radiofonía se realizaron transmisiones que complementaron esta tarea de divulgación iniciada.

Otros cursillos fueron: *Medios audiovisuales*, por José Bullaude; *La era tecnológica y la educación* y *El ciclo agropecuario y el ciclo industrial en la educación argentina*, por Luis Reissig; *La democracia*, por Domingo López Cuesta; *El títere en la educación*, por Mané Bernardo.

Algunas charlas psicológicas esclarecieron problemas de interés para padres y maestros con la contribución del Instituto de Psicología dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras, a través de uno de sus miembros, Sofía I. de Slullitel.

Un curso teórico-práctico de ocho clases sobre *Parapsicología* fue desarrollado por el doctor Ricardo Musso, con la finalidad de fundamentar el carácter científico de esta especialidad.

Fueron temas de actualidad, *Año geofísico internacional*, por el Contralmirante Rodolfo Panzarini, *Música electrónica*, por el Prof. Guillermo Graetzer. *Congreso pedagógico de Copenhague*, por el doctor Ernesto Epstein, y *Elementos de control electrónico y realimentación negativa en la cibernética*, por el señor Osvaldo C. Bessio.

Menor fue la actuación en el campo de la literatura y las artes, ya que otras entidades de la ciudad ofrecen ampliamente temas de tal naturaleza. Pero no por ello permaneció la Filial ajena a tales inquietudes, puesto que conjuntamente con el Collegium Musicum y la Asociación de Profesores de Música de la ciudad, se trataron temas de alto interés para los socios y para los integrantes de estas jóvenes y meritorias entidades que desarrollan una seria tarea de divulgación musical con sentido didáctico.

*El hombre paraguayo a través de tres poetas*: Eribh Campos Cervera, Elbio Romero y Augusto Roa Bastos, por Ramiro Domínguez, presentó al escritor de América interesado por los problemas de su tierra.

El conjunto Centro Dramático del Litoral presentó en teatro leído, la obra del novelista argentino Marco Denevi, *Los expedientes*, y cerró el ciclo Roberto F. Giusti con una *Semblanza intelectual y moral de Ricardo Rojas*.

La realización de un anhelo largamente acariciado por esta Filial, cual era el de crear un seminario de investigación con miras a la solución de futuros problemas sociales de la ciudad, pudo concretarse a partir del mes de julio.

Después de algunas reuniones preparatorias en que participaron la Filial, el Departamento de Extensión Universitaria, miembros del Instituto de Estadística de la Facultad de Ciencias Económicas, el Ins-

tituto de Psicología y Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras, con sus respectivos profesores, y el señor Jorge Goldemberg, como Director y Asesor rentado, quedó constituido el Seminario de Sociología, con funciones específicas en cuanto a la aplicación de estudios sociales, estadísticos, psicológicos y antropológicos, en la investigación que se realiza en la zona denominada "Pueblo Nuevo".

Actualmente participa en la tarea un grupo básico de quince jóvenes pertenecientes a los institutos integrantes, los que constituirán el grupo de instructores para futuros contingentes interesados en esta seria investigación.

Para el año 1959 la Filial proyecta:

- 1) Continuar con el tratamiento de problemas de nuestro medio.
- 2) Realizar el trabajo en equipo, creando núcleos de educación, arte, economía, sociología, psicología, filosofía, etc.
- 3) Interesar en la obra, por sobre todo, a los valores de la ciudad emanados de sus Facultades e Institutos de investigación.
- 4) Acomodar los temas que hayan provocado más interesantes debates a un programa de difusión radial, según se ha realizado en el presente año con *El menor inadaptado con problemas de conducta* e *Investigación del rendimiento pedagógico*.
- 5) Sostener el Seminario de Sociología y facilitar el ingreso al mismo de los asociados.
- 6) Favorecer en lo posible y acompañar la obra de las instituciones que desenvuelven su acción en concordancia con la Filial.

Nuevamente utilizó la Filial durante el año para sus actuaciones, la sala de la Sociedad de Ingenieros, Arquitectos, Constructores y afines, cedida con la liberalidad y generosidad de siempre.

*Forman el Consejo Directivo de la Filial los siguientes miembros: Hilarión Hernández Larguía, Cortés Pla, Leticia Cossettini, María Aurelia Morello, Susana Marc de Salvador, Ángel B. Chavarri, Guillermo Ortiz de Guinea, Próspero Tejeda, Carlos Barrios, Juan Carlos Gardella.*



## Índice del Volumen LIII

GUILLERMO ARA: Leopoldo Lugones, hombre de ideas .....	238
GUNTHER BALLIN: La novela en la literatura alemana moderna ..	285
ALFONSO CORRADINI: Enrique Ferri y la escuela positiva .....	208
ERNESTO EPSTEIN: El problema de la educación musical en la Argentina - II .....	200
DELFIN LEOCADIO GARASA: El pensamiento político de Gracián y su tiempo .....	258
ROBERTO F. GIUSTI: Presencia de Aníbal Ponce .....	149
NILDA GUGLIELMI: Tulio Halperín Donghi, <b>Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia</b> .....	217
PABLO LEJARRAGA: Aníbal Ponce y los deberes de la inteligencia ..	155
ISAIAS LERNER: Enrique Anderson Imbert, <b>Qué es la prosa</b> .....	221
ENRIQUE PEZZONI: La idea de la palabra en el Cancionero de Unamuno - I .....	181
Idem - II .....	275
LUIS REISSIG: El ciclo agropecuario y el ciclo industrial en la educación argentina .....	225
MARTA ELENA SAMATAN: Aníbal Ponce y la educación argentina ..	169

# Ediciones del "Colegio Libre"

REIMPRESION

LISANDRO DE LA TORRE, OBRAS III Escritos  
y discursos \$ 25

Contiene el volumen:

INTERMEDIO FILOSOFICO

LA CUESTION SOCIAL Y LOS CRISTIANOS SOCIALES

La cuestión social y un cura

La India cuna de mitos — El Pentateuco hebreo

Navidad y Reyes

Los historiadores y Jesús

Panorama a vuelo de pájaro

Carta a un amigo

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL FASCISMO

Distribuye la EDITORIAL LOSADA, Alsina 1121, Bs. As.

URUGUAY

CHILE

PERU

COLOMBIA

## Colegio Libre de Estudios Superiores

CONSEJO DIRECTIVO

Titulares: Margarita Argúas (tesorera), José Babini, Roberto F. Giusti, José González Galé, Juan Mantovani, Luis Reissig (secretario), Francisco Romero, José Luis Romero, Juan S. Valmaggia. Suplentes: Vicente Fatone, Nicolás Halperín, Lorenzo R. Parodi. — Secretarios de Filiales: BAHIA BLANCA: Pablo Lejarraga, O'Higgins 408. ROSARIO: María Aurelia Morello, Uriarte 535.

DEL ACTA DE FUNDACION (20 de mayo de 1930):

La formación del Colegio Libre de Estudios Superiores, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Constará de un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudio universitario, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad y a las personas que fuera de la Universidad se hayan destacado por su labor personal.

También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el Colegio Libre de Estudios Superiores aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquélla sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

Talleres Gráficos  
CONTINENTAL  
Lavalle 1671

20.-  
PRECIO \$ ■.—